

MUJERES Y EJÉRCITO EN TIEMPOS DE NAPOLEÓN

Margarita CIFUENTES CUENCAS¹

RESUMEN

Que el Ejército ha sido una institución tradicionalmente masculina es una cosa cierta y sabida². Lo que no es tan conocido es que, bien en la retaguardia, bien en primera línea de combate, las mujeres, en tiempos de Napoleón, tuvieron un papel nada desdeñable, que, por no ser conocido, no fue menos importante.

En el presente trabajo, limitado exclusivamente a la época napoleónica, analizaremos, en primer lugar, el papel de las mujeres que, de forma más o menos institucional, seguían a los ejércitos, prestando un servicio a las tropas: costureras, lavanderas y cantineras³. Con su dedicación y buen hacer, hicieron posible el funcionamiento, en el día a día, de las “cosas de la guerra” y de los ejércitos durante las campañas. Ellas eran las encargadas de la reparación y lavado de la ropa y enseres, de la venta de bebidas alcohóli-

¹ Doctora en Historia por la Universidad Rey Juan Carlos. Investigadora de la Fundación Napoleón de París. margarita.cifuentes@urjc.es

² La incorporación de pleno derecho de la mujer a las Fuerzas Armadas es un hecho relativamente reciente, variando de unos países a otros.

³ Aparte de ellas se encontraban, claro está, y de forma muy numerosa, las prostitutas y demás mujeres de “mal vivir” (como se decía en la época) que, por no presentar especialidad alguna con respecto a otras épocas, no serán objeto de estudio.

cas, de la preparación de las comidas... Y tuvieron un papel muy importante como soporte moral del soldado, del que eran compañeras y confidentes, constituyendo una fuente de “ánimo permanente”, compartiendo con ellos su misma suerte y los sinsabores e ingratitudes de la vida en campaña.

La función de la mujer en los ejércitos no solo se limitó a esos papeles. En ocasiones, algunas mujeres usurparon la personalidad de varones, y escondidas bajo vestimentas masculinas, se mantuvieron ocultas y alejadas de miradas indiscretas; y de ese modo sirvieron bajo banderas e hicieron de la de soldado su oficio y su forma de vida, y pelearon como uno más de sus compañeros, alcanzando, en algunas ocasiones, incluso reconocimientos y honores.

Después abordaremos el papel de las esposas, barraganas y concubinas. Lo habitual era que la mujer se quedara al cuidado de la casa y de los hijos mientras su marido o compañero se marchaba a la guerra. Triste suerte, pero heroica, la de estas mujeres que optaron por quedarse solas, al frente de casas y haciendas, con el fin de conservar y proteger la familia y el hogar. A pesar de estar lejos de los campos de batalla, su vida fue, salvo escasas excepciones, una vida difícil, llena de soledad, penuria y miseria.

Pero también hubo esposas, barraganas y concubinas que no se quedaron en la retaguardia guardando sus hogares, sino que, ante la marcha de su marido o compañero, optaron por hacer el equipaje, coger a sus hijos, y con sus escasas pertenencias ir tras sus pasos, y seguir a los ejércitos. Su amor y fidelidad hizo que viajaran por toda Europa, cruzando países y fronteras, allá donde la suerte les llevase. Incluso, en tiempos difíciles, cuando sonaban los tambores anunciando batalla o eran hechos prisioneros y conducidos a un depósito de internamiento, allí estaban ellas, siempre al lado del soldado. Mujeres españolas, francesas, inglesas, portuguesas... Mujeres de todos los países y nacionalidades. Pero siempre mujeres extraordinarias, criaturas excepcionales que fueron parte de una raza de féminas singulares, de coraje extraordinario y valor infinito.

PALABRAS CLAVE: Ejército, mujeres, Napoleón, marqués de La Romana, costureras, lavanderas, cantineras, esposas, concubinas, soldados.

ABSTRACT

It is very well known that the military is, and has been, a predominantly male institution. What is not so well known is that, either at the rear, or on the front line, women in Napoleon's time, played a relevant role.

The present article, limited exclusively to the Napoleonic period, will firstly analyze the role of women who, in a more or less institutionalized way, followed the armies, providing some kind of service to the troops: seamstresses, laundresses and bartenders . It was thanks to their work that the proper functioning of military camps was made possible on a daily basis. They were in charge of mending and washing clothes and belongings, selling alcoholic beverages, preparing meals... And they played a very important role as moral support for the soldiers, to whom they acted as companions and confidants, constituting a source of “permanent encouragement”, sharing with them both their fates and the deprivations of life during campaigns.

The role of women in armies was not limited to the above-mentioned. Occasionally, some women pretended to be men, and hid under male garments keeping themselves invisible and away from prying eyes; and so they served under flags, fought and made soldiering their profession and life calling, sometimes even achieving recognition and honors.

The role of wives and concubines will also be addressed in this article. It was customary for women to remain in charge of the house and the children while their husbands or partners went off to war. A sad, but heroic fate for these women who stayed behind and alone, in charge of houses and farms, in order to preserve and protect their families and homes. Despite being far from the battlefields, their lives were, with few exceptions, very tough as well as full of loneliness and misery.

But there were also wives and concubines who did not stay behind guarding their homes and who, when faced with the departure of their husbands or partners, chose to pack up, take their children, and their few belongings and follow their footsteps and the armies. This decision made them travel across the whole Europe, crossing countries and borders, wherever luck would take them. Even under difficult times, when the drums announced battle or they were imprisoned and led to Prisoners’ depots, women were there, always at the side of the soldiers. Spanish, French, English, Portuguese women... Women of all countries and nationalities. But always extraordinary women, exceptional creatures who were part of a race of singular women, of outstanding courage and infinite bravery.

KEY WORDS: Army, women, Napoleón, marquis de La Romana, seamstresses, laundresses, bartenders, wives, concubines, soldiers.

* * * * *

CUANDO LAS MUJERES IBAN A LA GUERRA

El jueves, 5 de noviembre de 1812, la mujer del barbero de una compañía de granaderos de la Guardia de Napoleón, durante el alto del descanso obligado del Ejército en el vivaque, a una hora indeterminada del atardecer, comenzó a encontrarse seriamente indispuesta. No se trataba de una enfermedad, sino de algo más natural, aunque igualmente inapropiado por las terribles circunstancias del momento. Mientras que la nieve caía en forma de grandes copos, y con una temperatura inferior a 20 grados bajo cero, que había convertido la estepa rusa en una inmensa nevera, aquella mujer daba a luz un rollizo niño. ¡Un milagro! Un inesperado resplandor de vida surgida en medio de la muerte blanca.

En esas difíciles circunstancias, el coronel Bedel, que mandaba el Regimiento, hizo todo lo posible para contribuir al bienestar de la mujer, prestando su capote para cubrirla. Esa misma noche, los soldados de guardia mataron un gran oso blanco que al instante sirvió de comida al batallón.

Después de haber pasado una noche de lo más penosa a causa del intenso frío, la larga columna se puso de nuevo en marcha. El coronel prestó su caballo a la señora Dubois, que sostenía al recién nacido entre sus brazos, envuelto en una piel de mouton, en tanto que ella se resguardaba al abrigo de un par de capotes que habían pertenecido a dos hombres de la compañía, muertos durante la noche⁴.

Aquel día, 6 de noviembre de 1812, había una niebla densa que no permitía ver nada, y un frío de 25 grados bajo cero que hacía que los labios se pegasen y el cerebro se helase. Parecía que marchaban en medio de una atmósfera congelada. La nieve no había dejado de caer durante todo el día, en forma de grandes copos, y azotaba los cuerpos mediante violentas ráfagas de viento. No solo era imposible ver el cielo, sino incluso a los propios compañeros que caminaban justo delante⁵.

Sin embargo, aquel resplandor inesperado de vida surgida como un milagro durante la noche, se apagará algunos días después, durante un alto en el camino por el que avanzaban penosamente, atravesando la inmensidad de ese paraje helado que debía conducirlos hacia la frontera salvadora. Cuando en un momento dado la madre retire al niño de su cuerpo para atenderle, descubrirá con horror que el bebé que sostenía entre sus brazos estaba muerto, y, en un instante, congelado por el frío.

⁴ BOURGOGNE, Sargent: *Mémoires du sargent Bourgogne*. Edit Arléa, París, 1992, pág. 67.

⁵ *Ibidem*, 68.

Cada uno de los allí presentes trató de consolar lo mejor que pudo a la pobre mujer, en tanto que un soldado, discretamente, hacía entrega del cadáver del pequeño a uno de sus camaradas. Este se alejó apenas unos pasos junto con el padre. Con la ayuda del hacha, y venciendo la dureza del terreno, el soldado cavó un pequeño hueco en el suelo, apenas una rectangular sombra en la blancura de la superficie, mientras que el padre, de rodillas, sostenía al niño entre sus brazos. Terminada la sepultura, el padre inhumó al pequeño, depositándolo en la improvisada tumba, que inmediatamente se cerró recubierta por la arena y, al poco, por la nieve, que no dejaba de caer. Y entonces todo concluyó. Así, al menos, lo anotó en sus memorias el sargento Bourgogne, uno de los testigos del suceso⁶.

En el otoño de 1812 una larga columna humana de varios kilómetros de longitud se arrastraba penosamente por la estepa rusa en dirección a la frontera salvadora, una caravana tan inmensa que se alargaba hasta el infinito. Eran los restos de la Grande Armée de Napoléon, de aquellos más de 500.000 soldados que el 24 de junio pasado habían atravesado triunfantes el río Niemen, dispuestos a doblegar al zar Alejandro.



La retirada de Napoleón de Moscú. Adolph Northen

⁶ DAMMAME, Jean Claude: *Les soldats de la Grande Armée*. Ed. Perrin, París, 2002, pág. 306.

Las enfermedades, el hambre, el calor de los primeros meses, el frío extremo posterior, así como las escaramuzas constantes con los enemigos y los imponderables de una campaña sin igual y diferente a todo cuanto Napoleón Bonaparte había conocido hasta el momento, habían ido menguando aquel formidable Ejército, dejándolo reducido, en apenas cuatro meses, a poco más de un tercio de lo que había sido.

Aquella tropa abigarrada, descompuesta y sucia, hacía días que había dejado atrás la seguridad de Moscú, y formaba una larga columna que parecía no tener fin, que se deslizaba lentamente por la estepa, siguiendo las sinuosidades del terreno. Penosamente trazaba un camino de muerte y desolación, buscando la manera de salir del infierno ruso, mientras se aproximaba al temido río Berezina.

El discurrir por la inmensidad desierta y helada era lento. Los hombres se movían despacio, como sombras, sorteando el frío, el hambre y la nieve que todo lo cubría. Cada uno marchaba aislado en su miseria, ignorando al vecino. Únicamente los juramentos y maldiciones al cielo que, de cuando en cuando, se podían escuchar, daban testimonio de que se trataba de soldados, de hombres de carne y hueso, y no de fantasmas. Pero no solo se escuchaban las voces de soldados. En medio del sordo vocerío se distinguían también voces femeninas. Y es que, en medio de la larga columna de muerte, había también mujeres, y con ellas algunos niños, que con estoica resignación soportaban los sufrimientos de tan terrible marcha, compartiendo, como un soldado más, la suerte de sus compañeros de infortunio.



La retirada de Moscú. Laslett John Pott (1873)

LAVANDERAS, COSTURERAS, CANTINERAS (“VIVANDIÈRES”)

Cantineras, lavanderas y costureras jugaban un importantísimo papel en la vida cotidiana de los soldados del Primer Imperio, tanto en los períodos de paz, como en la guerra. Tanto es así que en numerosas ocasiones se intentó regular mediante leyes su presencia en los ejércitos. Así, un Decreto promulgado en Francia en el año VIII determinaba con precisión el número de mujeres que debían estar asociadas, tanto al lavado de las ropas y uniformes, como a la venta de víveres y bebidas en los distintos cuerpos armados, imponiendo a estas una serie de reglas muy estrictas de vida y conducta⁷.

Las reglamentaciones al uso eran un modelo de rigidez y severidad con el que se ordenaba cada uno de los aspectos de la vida cotidiana de aquellas mujeres. Tanto es así, que incluso se fijaban los precios y tarifas de sus productos, y sus servicios eran vigilados minuciosamente con el fin de evitar cualquier tipo de subida inesperada de precios, lo que hubiera ocasionado alguna inflación que hubiera podido ser enormemente perjudicial para los intereses de los militares en campaña.

En ciertos cuerpos de ejército, los vehículos en los que se desplazaban las cantineras debían llevar una placa identificativa hecha en hierro blanco, en donde debía figurar inscrito el nombre, su condición y la patente. En el Ejército de Alemania, durante la campaña de Austria de 1809, las placas eran concedidas por el preboste. En el Ejército de España, Junot, el 17 de junio de 1807, se vio obligado a publicar unas Ordenanzas reglamentando el número y las características de las cantineras y lavanderas, autorizando la presencia de dos cantineras por batallón, que recibirían el correspondiente certificado de patente con la autorización escrita⁸. Cuando los ejércitos se desplazaban, estas mujeres marchaban con la tropa justo por delante de la retaguardia. No tenían permiso para cambiar de regimiento o pasar de un campo a otro. Los permisos y derechos de cantineras y lavanderas eran muy reducidos. Habrá que esperar a los últimos años del Imperio, es decir hacia 1810, para que un Decreto les permita poder ser admitidas en los hospitales en caso de enfermedad o heridas.

⁷ El Decreto del 7 thermidor del año VIII (26 de julio de 1800) preveía en su artículo XIII que el número de mujeres que podía acompañar a cada batallón, en ningún caso y bajo pretexto alguno podía superar el de cuatro; y dos en el caso de escuadrón de Caballería. El número de *vivandières* y lavanderas que seguían al cuartel general del ejército y a los cuarteles generales de división no podían en ningún caso superar el de los cuerpos que componían dicho ejército.

⁸ Los Archivos de la Guerra de Vicennes no conservan más que una única patente de *vivandière*, impresa en papel azul, registrada con el número 462, y fechada el 29 de septiembre de 1809. En ella se autorizaba a François Blanchard a seguir al 2º batallón del 79 Regimiento de Línea en calidad de *vivandière*. En la parte izquierda del documento figura su firma. S.H.A.T. Xs 12.



**La lavandera. Jean Henri Marlet y Charles Philibert de Lasteyrie,
París, Museo del Ejército**

En los primeros tiempos, la cantinera solía ser la esposa del cantinero. Este hombre era un comerciante de comestibles que seguía a los ejércitos, y que con frecuencia terminaba por establecerse en las plazas principales de los países conquistados, con autorización del comandante de la gendarmería. Su mujer le ayudaba en sus actividades comerciales, pero también se encargaba, mediante el pago de un dinero ajustado y previamente convenido, de preparar la comida de los suboficiales⁹.

Las lavanderas tenían como misión el lavado de las camisas, calzoncillos, pañuelos, medias y guantes de los soldados. Por lo general solía haber una asignada al cuartel general del ejército o del cuerpo de ejército, pero además había dos por cada batallón y una por cada escuadrón. Su presencia era consignada y aprobada por el comandante de la gendarmería, y obligatoriamente debían llevar consigo una placa identificativa con un número en la que se indicaba su profesión¹⁰.

⁹ PIGEARD, Alain: *L'Armée Napoléonienne. Organisation et vie quotidienne*. Edit. Tallandier, París, 2000, pág. 355.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 356.

En la Francia revolucionaria, la Convención aprobó el “Decret por congédier des armeés les femmes inútiles” (Decreto para librar a los ejércitos de las mujeres inútiles) de 30 de abril de 1793, que reducía la presencia femenina por batallón a cuatro “blanchisseuses” o lavanderas y un número indeterminado de “vivandières” o abastecedoras autorizadas a vender comida y bebida a la tropa. Deberían tener un documento de autorización firmada por el jefe del cuerpo, revisada por el comisario de guerra, y llevar una señal distintiva, expulsando a todas las demás. Hacia 1804 ambos términos, “blanchisseuses” y “vivandières”, serán desplazados por el de “cantinière” o cantinera, centrada en la segunda función.

Lavanderas y cantineras seguirán a los ejércitos en todas las campañas del Imperio mientras cruzaban el Viejo Continente de lado a lado. En aquel tiempo, esas mujeres de excepcional carácter y fortaleza, hicieron prueba de un sorprendente vigor físico. Conocieron los mismos sufrimientos que los soldados, avanzando con ellos bajo la lluvia, la nieve o el calor, y se convirtieron en su constante apoyo y compañía. Incluso en ocasiones actuaron frente a las penalidades con mayor resignación. Como dejó escrito el sargento Bourgogne:

“He visto mujeres soportar con un coraje admirable todas las penas y las privaciones a las que se hallaban sujetas, y era una vergüenza y una afrenta para muchos hombres que no sabían soportar la adversidad con el mismo coraje y resignación”¹¹.

Se pueden contar por centenares los militares que recogieron en sus memorias recuerdos agradecidos a la oscura, pero importantísima, labor de estas mujeres, que demostraron un excepcional coraje psíquico a la hora de ayudar a sus compañeros soldados. Por todas esas acciones, y otras muchas más, algunas fueron condecoradas, pero, sobre todo, recibieron el reconocimiento por siempre de los soldados imperiales¹².

La vida de las *vivandières*, que es como se las conocía, por lo general era sacrificada y bastante dura. Muchas de ellas, por no decir la mayoría, habían terminado en esa actividad, y con tan “particular” modo de vida, por seguir los pasos de algún que otro soldado del que habían caído “enamorisadas”. Después, por cuestión de supervivencia, se habían iniciado en el trapicheo y comercio en pequeñas cantidades de ciertos productos alimenticios o de alcohol, que ellas transportaban en algún caballo comprado a cualquier

¹¹ Citado por DAMMAME, Jean Claude: op. cit., pág. 305.

¹² FACON, Patrick; GRIMAUD, Renée y PERNOT, François: *Au Coeur de la Grande Armée. La Glorieuse épopée de Napoléon*. Edit. Atlas, Evreux, 2004, pág. 37-39.

soldado¹³. Más adelante, y si podían permitírselo, lo harían en algún furgón más o menos abandonado¹⁴.

Muchas de ellas se convirtieron en mujeres y esposas de los soldados, y era un hecho frecuente que, muerto este, contrajeran en poco tiempo un nuevo matrimonio con algún compañero de armas sin que el tema del luto fuera un obstáculo, saltándose para ello cualquier tipo de norma social. Si se terciaba, el nuevo casamiento se podía llevar a cabo incluso a las pocas semanas y durante una misma expedición guerrera¹⁵.

¹³ Antes de poder adquirir el animal, habitualmente acompañaban a los arrieros contratados por la intendencia napoleónica para el transporte de alimentos, enseres y armamento. El transporte de los bagajes y útiles de guerra, además de los alimentos, fue uno de los grandes problemas del Ejército napoleónico. Napoleón, que permanentemente tenía ante sus ojos el ejemplo romano, no conseguía solucionar de forma satisfactoria el problema del transporte de la impedimenta. Para ello recurrió a varias fórmulas. Al comienzo del Imperio, el servicio de transporte había sido confiado a un adjudicatario, la compañía Breidt, pero esta constantemente ocasionaba problemas. En opinión del Emperador trabajaba muy mal: “*Es un desastre. Tardan 14 días en hacer una ruta de cinco días*”, una ruta que por entonces se hacía fundamentalmente en carros requisados con sus atelajes y conducidos por sus propietarios (LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 65). En 1807, tuvo la idea de crear los denominados “batallones de equipajes” aunque su implantación fue muy lenta y progresiva, y además, tampoco funcionaron todo lo bien que a él le hubiera gustado. Así pues, y en tanto se iban implantando esos batallones de equipajes, para resolver el problema del transporte, y habida cuenta de que los coches reglamentarios eran raros, especialmente en la Infantería, se continuó con la vieja fórmula por la que el transporte de los bagajes se hacía mayoritariamente con los carros requisados, con sus respectivos atelajes, y conducidos por sus propietarios, que en muchas ocasiones iban acompañados de sus mujeres y familia. Esos vehículos avanzaban en pos de los ejércitos muy lentamente, transportando su cargamento durante un número determinado de leguas, y a cambio recibían una modesta indemnización que apenas alcanzaba para su alimentación. Realizado el servicio, debían regresar a su lugar de origen. BALDET, Marcel: op. cit., pág. 138.

¹⁴ El capitán Blaze cuenta en sus memorias que la mayoría comenzaba en ese trabajo siguiendo a un soldado que les había inspirado sentimientos tiernos. Se las veía caminar a pie con un barril de “Eau de vie” colgado a un lado del pecho. Ocho días después ya estaban acomodadas en la grupa de algún caballo encontrado. El mes no acababa sin que se hiciesen con un par de caballos y un furgón lleno de provisiones de todo tipo para vender. BLAZE, E. capitaine: *Souvenirs de un officier de la Grande-Armée. La vie militaire sous le Premier Empire*. Fayard, editeur, París, 1904, pág. 46.

¹⁵ La historia de Marie puede ser la historia típica de miles de cantineras de la época. Marie, nacida en Namur, se casó con un maestro de armas, que resultó ser un pésimo sujeto. Ella se dedicó con devoción a los soldados de la compañía de su marido, cuidando a los heridos, algo que podía hacer sin dificultades añadidas, ya que su esposo no era nada celoso. En 1811, en Almeida, frontera de Portugal, su marido, gran saqueador y merodeador, robó un reloj que valía 20 francos, y su general, enterado del hecho, lo mandó fusilar. Viuda, la cantinera se volvió a casar nuevamente a los dos meses. Como se había casado con un suboficial de la Joven Guardia, le acompañó por toda Europa, y con él estuvo en la campaña de Rusia, y durante la terrible retirada perdió todo cuanto tenía: lingotes, caballos, pieles... y también a su propio esposo. Durante un tiempo se perdió la pista de la joven Marie, y el 2 de mayo de 1813, en la batalla de Lutzen, se la pudo ver de nuevo. Ese día fue herida en la mano derecha. Posteriormente reapareció,



Reproducción del carronato de M. Flambarg. 28 Rgto. de Línea

Avanzaban con ellos, y sobrevivían en campamentos y vivaques levantados, las más de las veces, en algún país lejano. Algunas eran dulces, caritativas y piadosas, como la célebre Catherine Baland, del 95 de Línea, que en el combate de Chiclana, uno de los más mortíferos de la guerra de España, recorrió infatigable durante toda la batalla cada una de las filas, ajena a la lluvia de balas y metralla, llevando a los soldados algo de beber para reanimarlos, mientras que amablemente les repetía: “*toma, bebe mi bravo soldado, ya me pagarás mañana*”¹⁶.



**Napoleón cruzando el Berézina. January Suchodolski (1866).
Museo Nacional de Poznan**

una vez más, en Francia durante los Cien Días. Prisionera en Waterloo por los ingleses, como Marie tenía nacionalidad belga, fue liberada y regresó en plenitud de derechos al reino de Holanda. Condecorada con la Legión de Honor, vivía en Namour, felizmente retirada bajo el reinado de Luis Felipe. LUCAS-DUBRETÓN, J.: *Soldats de Napoléon*. Edit, Tallandier, Paris, 1977, pág. 233.

¹⁶ Catherine fue premiada en 1813 con la Cruz de la Legión de Honor. LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 233.

Había otras que no eran tan dulces ni entregadas, sino, por el contrario, hoscas de carácter, recelosas en su trabajo y usureras por naturaleza. Para estas, el dinero adquirido o robado por los soldados era su meta, y lo transportaban en sus carretas junto a la totalidad de sus posesiones. Esas mujeres se mostraban insensibles a la penuria de sus compañeros, y vendían el vaso de ginebra a 20 francos, llegada la ocasión. Aunque, por lo general, este tipo de mujeres no era el más numeroso.

El capitán Blaze cuenta en sus memorias que las cantineras, además de amigas, eran también con frecuencia cómplices de los soldados saqueadores y de los merodeadores del ejército, ya que los ayudaban a esconder en sus vehículos y carromatos el fruto de sus rapiñas. En caso de ser descubiertas en esa u otra falta grave se les aplicaba como castigo el mismo que a las chicas de “mala vida”. En tal caso, “*se les rapaba los cabellos y eran obligadas a desfilar desnudas a lomos de un asno frente a todo el regimiento*”¹⁷. Lo cierto es que las *vivandières*, por lo general, permanecieron en el imaginario colectivo popular de los soldados como verdaderos ejemplos de humanidad, y así lo recogen la mayoría de los memorialistas que dejaron testimonio escrito de esos años difíciles.

En uno u otro caso, bien se tratara de hadas madrinas o usureras, benéficas compañeras de infortunios o implacables mujeres de negocios, todas ellas fueron siempre mujeres fuertes, llenas de coraje, entereza y unas grandes dosis de sentido común, lo que les permitió sobrevivir en medio de infinitas calamidades¹⁸, y soportar penalidades y sufrimientos de todo tipo junto a sus compañeros de armas, sin abjurar de su condición de mujer. Muchas fueron las que incluso embarazadas, siguieron en su puesto, y hubieron de dar a luz en el camino. Y lo hicieron de cualquier manera, como bien pudieron, y casi siempre sin ayuda alguna¹⁹.

Aquellas heroicas mujeres, pertenecientes a todas las clases sociales²⁰, compartieron la suerte de los soldados a los que, durante meses e in-

¹⁷ BLAZE, E. capitaine: op. cit., pág. 47.

¹⁸ Quizás, de entre todas las calamidades posibles, la mayor fuera la pérdida de todos sus bienes, un hecho que desgraciadamente se producía con cierta frecuencia. Pocas de ellas, después de muchos años de fatigas y trabajo, pudieron hacer una pequeña fortuna, porque en la batalla, y especialmente durante la retirada que seguía al combate, en caso de dificultades y necesidad sus equipajes eran siempre los primeros en ser sacrificados. En Portugal, Ney, al recular delante de los ingleses, ordenó quemar todos los furgones y todos los vehículos, y las *vivandières* debieron obedecer como los demás. Podían oírse los gritos de desesperación: “*el oro difícilmente ganado, el dinero de los pagos de los soldados, de tantos y tantos servicios prestados, todo el fruto de una larga campaña perdida en un instante*” (LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 232).

¹⁹ “*Aquellas mujeres daban a luz al pie de algún árbol haciendo el camino y a continuación madre e hijo proseguían la marcha sin más*” (BLAZE, E. capitaine: op. cit., pág. 50).

²⁰ DAMMAME, Jean Claude: op. cit., pág. 305.

cluso años, acompañaron día a día, y con ellos conocieron también el dolor, la cautividad y la muerte. La fortaleza de esas mujeres, su estoicismo ante los peligros y las pruebas que hubieron de soportar, sorprendían a los soldados. Las había incluso, como decía el sargento Bourgogne, que *“eran una vergüenza y una afrenta para muchos de los hombres que no sabían soportar la adversidad con el mismo coraje y resignación”*²¹.



**Un soldado ayudando a una cantinera y sus hijos a cruzar un río.
Joseph Louis Hippolyte Bellangé (1837)**

Las cantineras, además de su función primordial como abastecedoras de alimentos, ginebra²², vinagre²³, pequeños objetos de uso cotidiano—como papel de carta, agujas de costura o botones—, y cualquier otro tipo

²¹ Citado por: *Ibidem*, pág. 305, y LUCAS-DUBRETÓN, J.: *op. cit.*, pág. 232.

²² El capitán Blaze dice en sus memorias: *“la gente del mundo a las que jamás les ha faltado nada indispensable, no puede hacerse una idea de cuán importante puede ser una botella de vino o un vaso de ginebra en ciertos momentos...”* BLAZE, E. capitaine: *op. cit.*, pág. 49.

²³ Tenían la obligación de llevar permanentemente consigo un pequeño tonelillo por cada batallón de infantería o regimiento de caballería, conteniendo vinagre. De ese tonelillo se iba extrayendo el vinagre que obligatoriamente cada soldado debía poner en el agua de uso común en una proporción de, cuanto menos, dos cucharas por bidón de agua (PIGEARD, Alain: *op. cit.*, pág. 335).

de artículo necesario para la supervivencia cotidiana del soldado²⁴, jugaron un papel psicológico de vital importancia en los ejércitos, que en ningún caso podemos desdeñar.

Muchas de ellas incluso prestaban dinero a los soldados y oficiales. Las tiendas que, después de cada jornada, plantaban en los campos donde pernoctaban las unidades militares, eran lugares comunales, verdaderos puntos de encuentro y reunión para los soldados. Bajo la lona improvisada de la cantina, dejaban pasar las largas horas de ocio hasta la llegada de la noche, conviviendo los unos con los otros. Allí encontraban algo de comer y de beber: una reparadora taza de café, un sorbo de “eau de vie” o un tazón de buen vino caliente²⁵. Y también hallaban un sitio donde disfrutar del tabaco, y, sobre todo, de un rato de beneficiosa conversación.

Las cantineras conocían como nadie a los soldados de su regimiento, con los que compartían su vida. Sabían tanto de sus sinsabores, que era habitual que se crearan particulares vínculos de colaboración y socorro mutuo, llegando a convertirse en verdaderas amigas y confidentes²⁶. Ellas eran una parte más de los ejércitos, tanto si estos estaban en campaña, como si permanecían acantonados en guarnición. Las encontramos en todas partes, incluso en las paradas del regimiento. Allí estaban ellas, permanentemente detrás de las compañías de soldados, con su típico “bonnet de police” en la cabeza²⁷, sus botas a lo húsar y el característico tonelillo de licor recostado al dorso²⁸. Los barriles de las cantineras con los colores azul-blanco-rojo y el número de la unidad o regimiento como identificación, normalmente llevaban además un número de registro pintado a un lado para demostrar que el jefe de administración de la División le había autorizado oficialmente.

²⁴ Para evitar que el soldado tuviera que alejarse de su regimiento en busca de comida o para procurar los objetos de primera necesidad, el reglamento de 5 de abril de 1792 permitía a los *vivandiers* y *vivandières* seguir al ejército y proporcionar al soldado, a precios razonables, todos esos objetos. El *vivandier* de un cuartel general no debía ser jamás un militar, sino siempre un civil. PIGEARD, Alain: *op. cit.*, pág. 335.

²⁵ “*Qué suerte cuando uno se encuentra en tierra inhóspita y lejana, mojado de agua hasta los huesos y cuando está ya cierto de que se irá un día más a la cama sin cenar, encontrar cerca de un buen fuego un trozo de jamón o un vol de vino caliente*”. *Ibidem*, pág. 49.

²⁶ En las ciudades, cuando el regimiento estaba prestando servicio de guarnición, “apenas se les prestaba atención”, y se les permitía, incluso, compartir las casernas con los soldados. Pero en el campo, cuando el regimiento salía en campaña, todo era muy diferente. Nos dice Marcel Baldet: “*Allí se tenía por ellas una cierta consideración, las más afortunadas se convertían incluso en bellas compañeras*” (BALDET, Marcel: *La Vie quotidienne Dans les Armées de Napoléon*. Edit Hachette, París, 1964, pág. 50).

²⁷ “Bonnet de police”, así se llamaba el cubrecabezas usado a diario por los soldados de Infantería durante el Imperio. También era conocido como gorro cuartelero o de faena.

²⁸ MORVAN, Jean: *Le soldat Imperial (1800-1814)*. Plon-Nourrit, edit., París, 1904, vol I, pág. 31.



Pero el trabajo de estas abnegadas y sufridas mujeres no se limitó simplemente al abastecimiento o cuidado de los uniformes y arreos de los soldados de su compañía. Muchas de ellas, cuando llegaba el duro momento del combate, se aplicaban con entusiasmo al cuidado de los soldados heridos, transformando sus furgones en verdaderas ambulancias de campaña improvisadas.

Aquellas extraordinarias y singulares mujeres demostraron un excepcional coraje psíquico a la hora de ayudar a sus compañeros soldados, y era frecuente que, en mitad de la batalla, se las viera recorrer las filas amigas, indiferentes al fuego y la metralla, repartiendo ginebra para revitalizar a los soldados desfallecidos que se batían entre la vida y la muerte²⁹.

No está suficientemente valorada la existencia de las *vivandières* de la época napoleónica. Muchos son los aspectos de sus extraordinarias vidas que quedan todavía por conocerse, y tampoco es el objeto del presente trabajo. Pero me gustaría, cuanto menos, que estas líneas fuesen un sentido tributo de admiración a todas aquellas mujeres de presencia callada y sufrida, y que con su dedicación y buen hacer, hicieron posible el funcionamiento en el día a día de las “cosas de la guerra” y de los ejércitos durante la campaña. Pues eran ellas las encargadas de la preparación de las comidas, el lavado y reparación de la ropa y enseres, y, en numerosas ocasiones, también el soporte moral del soldado, del que eran compañeras, confidentes y una fuente

²⁹ Blaze guardaba especial cariño hacia Therese, la *vivandier* de su compañía, a quien dedicó un emotivo recuerdo en sus memorias y de quien decía que: “*en mitad de la batalla, en medio de los disparos y las balas de cañón, atravesaba incansable el campo de batalla. No creáis que el deseo de ganar dinero era lo que la hacía arriesgar su vida de tal manera. El sentimiento que le impulsaba a afrontar el miedo era un sentimiento aún más noble porque los días de batalla no pedía dinero*” (BLAZE, E. capitaine: op. cit., pág. 50).

de “ánimo permanente”, compartiendo con ellos su misma suerte y los sinsabores e ingratitudes de la vida en campaña³⁰. Y, en el momento último, tras la batalla, de la recogida y el cuidado de los heridos³¹.



La Vivandière de Wagram. Hippolyte Bellange (1862)

³⁰ Además de los naturales sinsabores propios de una vida errante, nómada y llena de inseguridades, tribulaciones y constantes sobresaltos, estas mujeres sufrían también —cómo no— las mismas enfermedades que aquejaban al resto de sus “camaradas de armas”, aunque sin la ayuda y los cuidados del médico del batallón o el servicio sanitario del regimiento. Para restablecer la salud apenas podían contar con otra cosa que no fuera la caridad y la compasión de alguna camarada solícita y atenta. Al resto de los habituales sinsabores de la vida militar tampoco permanecían ajenas. Es más, los sufrían aún con mayor dureza, por tratarse del elemento aparentemente más débil. El capitán Blaze en sus memorias relata cómo, en ocasiones, durante una campaña —como fue la de Rusia— llegaba de improviso una partida de merodeadores o de cosacos y alguna de estas mujeres era desvalijada. Arrojada en alguna cuneta, en total soledad y desamparo, se veía despojada de sus pertenencias y obligada a comenzar de nuevo. *Ibidem*, pág. 46.

³¹ En más de una ocasión, llegado el supremo momento último de la muerte, también fue la que recogió sus despojos en algún campo de batalla olvidado. Cuando la invasión de 1814, el general prusiano York, que dirigía una ronda de noche, descubrió una mujer arrodillada junto a un camino. Una merodeadora, sin duda ocupada en el saqueo y despojo de los muertos —pensó para sí— y ordenó arrestarla. Pero la mujer, una cantinera del 6º Cuerpo, se levantó muy derecha y como una euménide gritó al prusiano: “¿Tengo el derecho a enterrar a mi marido?!” (BOURGOGNE, Sargent: op. cit., pág. 210).

No obstante lo anterior, las autoridades y jefes militares consideraron a estas mujeres un problema endémico y un permanente quebradero de cabeza, ya que su presencia era fuente de desórdenes y provocaba innumerables dificultades añadidas. Carnot, ministro de la Guerra con Napoleón, escribió que las mujeres “*saturaban los acantonamientos y cuarteles*” y “*enervaban las tropas y las destrozaban por las enfermedades que ellas aportaban en un número diez veces mayor que los enemigos*”³². En 1797, Bonaparte, a quien preocupaba, y mucho, la presencia de las mujeres entre sus tropas, intento buscar una solución, y ordenó que no se permitiera un número mayor que el número reglamentario, esto es, 4 mujeres por batallón, indicando la conveniencia de que “*las restantes, aun incluso con permisos, fueran arrestadas*”³³. Finalmente el número total de lavanderas, costureras y cantineras autorizadas en el seno de los cuerpos de tropa quedó fijado en un total de entre 4 y 6 por batallón.

En cualquier caso, todas ellas permanecerán en el recuerdo colectivo de cuantos las conocieron como ejemplos de humanidad y caridad.

ESPOSAS Y COMPAÑERAS

Tras los ejércitos de Napoleón no marchaban únicamente cantineras, lavanderas y costureras. Estaban, además, las esposas y compañeras de algunos oficiales y soldados, militares privilegiados que, venciendo una gran cantidad de trabas administrativas y dificultades, habían conseguido contraer matrimonio, algo ciertamente difícil en aquellos tiempos.

En aquella época era un hecho frecuente en casi todos los ejércitos que los soldados profesionales se fueran a la guerra acompañados de sus mujeres e hijos, y, en ocasiones, incluso con parte de su servicio doméstico³⁴. Por eso, cuando se desplazaban los ejércitos, arrastraban consigo una cantidad importante de mujeres de todo tipo, edad y condición.

El 6 de octubre de 1808, el general John Moore, enviado a la Península para ayudar a los españoles en la guerra contra Napoleón, se encontraba en su cuartel general de Lisboa cuando recibió la orden de Londres de ponerse al mando de un cuerpo expedicionario inglés con 30.000 efectivos de

³² LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 225. No hay que olvidar que en los campamentos pululaban también numerosas prostitutas en busca de negocio.

³³ *Ibidem*, pág. 309. Para saber algo más sobre el tema, ver: FACON, Patrick, GRIMAUD, Renée y PERNOT, François: op. cit., pág. 37.

³⁴ LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 309. Para saber algo más sobre el tema, ver FACON, Patrick, GRIMAUD, Renée y PERNOT, François: op. cit., pág. 37.

infantería y 5.000 de caballería con el que debía cooperar en la expulsión de los franceses de España³⁵.

Uno de los principales problemas a los que tendría que hacer frente era la escasez de medios de transporte. En un esfuerzo por sortear esa crisis de compleja solución, sir John ordenó dejar atrás todo el equipaje pesado, junto con las 1.200 mujeres y niños que, según estimaciones oficiales, se habían unido al campamento británico.

Las normas del Ejército inglés permitían que un número limitado de mujeres siguieran a sus maridos a la guerra, que no podían ser más de cinco por cada compañía de 100 hombres. Y que en pago por sus labores en la cocina, la limpieza y la costura, fueran incorporadas a la ración diaria de la compañía.

La medida dada por el general Moore resultó impopular entre los afectados, aunque Moore señalase con acierto que arrastrar tan gran número de mujeres y niños a la guerra equivaldría a exponerlos “*a las mayores penurias y aflicciones*”³⁶.

Con todo, llegado el momento, muchos oficiales regiminales, que deberían haber mostrado mayor cordura, debido seguramente a su corta experiencia bélica e influidos por una concepción errónea del sentimentalismo, decidieron hacer la vista gorda y dejaron pasar grupos de mujeres que se mostraban firmemente resueltas a seguir a sus hombres, incumpliendo la orden recibida. Desafortunada decisión.

³⁵ En 1808, cuando se produzca el alzamiento contra la invasión napoleónica, varias comisiones de diputados asturianos y gallegos acudieron a Londres a solicitar ayuda al Gobierno británico en su guerra contra Napoleón. Como resultado de esa petición de ayuda, ingentes tropas de soldados británicos llegaron a la Península, particularmente al noroeste de España, dispuestos a impedir que los franceses avanzasen por la Península. Mientras en el puerto de La Coruña desembarcaban 16.000 soldados y 2.000 caballos al mando del general sir David Baird, el general sir John Moore hacía lo mismo en Lisboa, formando así el gran ejército que se había de enfrentar a los franceses. Moore se situó en Salamanca, bajo aviso de la llegada de un potentísimo Ejército Imperial al mando de los mariscales Soult y Ney. Desde allí, sus tropas se extendieron por Zamora, Valladolid y León, teniendo poco después que comenzar a replegarse hacia Astorga, pues, desbordados por la magnitud y la potencia del ejército mandado por el mismísimo Napoleón, se vieron obligados a buscar refugio en la ciudad de La Coruña, donde esperaban reembarcarse de nuevo. En Astorga, Napoleón decidió abandonar él la persecución, y ante las inquietantes noticias de un posible complot que le llegaron de París, y los sospechosos indicios de movimientos prebélicos que anunciaban la proximidad de un nuevo conflicto armado con Austria, decidió regresar urgentemente a la capital francesa. Antes de partir, Napoleón dio órdenes tajantes al mariscal Soult de perseguir, sin tregua ni descanso, a los ingleses. De este modo, las unidades británicas fueron acosadas y perseguidas por los soldados imperiales hasta llegar a La Coruña, objetivo de ambos ejércitos.

³⁶ SUMMERVILLE, Christopher: *La retirada a La Coruña de sir John Moore, 1808-1809*. Inédita editores, Madrid, 2003, pág. 34.

La expedición de Moore en España no tuvo el éxito proyectado, y ante las dificultades surgidas, decidió salvar la vida de sus soldados y regresar a Inglaterra desde La Coruña. Las tropas inglesas se batirán en retirada durante días en dirección a las costas gallegas, acosadas de cerca por las tropas francesas del general Soult. La columna británica se convirtió en un lamentable ejército de huidos, sin un estatus oficial, formada en una desesperante proporción por mujeres y niños, azules por el frío y descompuestos por el hambre.

La rapidez de la marcha, la escasez de carros, la falta de bestias de tiro y las dificultades de un terreno especialmente montañoso y cubierto de nieve y hielo, provocaron que muchas de esas mujeres se fueran rezagando, quedando al final abandonadas en el camino. En muchos casos, la crueldad del clima (era pleno invierno) fue demasiado para los más frágiles, con unos organismos al límite de la extenuación, deteriorados por la necesidad y la fatiga, tal como lo recuerda el soldado Harris³⁷:

“Pasé junto a un hombre y una mujer que yacían tendidos sobre la nieve, abrazados el uno al otro. Ambos me eran conocidos porque pertenecían a los fusileros. Se trataba de Joseph Sitdown y su esposa. El pobre Sitdown no se encontraba bien de salud antes de iniciar la retirada por lo que se le había permitido marchar junto a ella en los puestos de vanguardia. Pero ahora ya no podían más: esta sería la última vez que los viéramos...postrados sobre la nieve mientras esperaban la muerte abrazados...”

Otras mujeres tuvieron más suerte y consiguieron llegar al puerto de La Coruña, después de un interminable y agotador camino, marchando sobre la nieve y cargadas con todas sus posesiones, al igual que el resto de los soldados.

Durante dieciocho días habían recorrido casi 400 kilómetros, desde Sahagún hasta La Coruña, atravesando montañas cubiertas de nieve en pleno invierno y hostigados sin descanso por un Ejército francés inasequible al desaliento y cuyo único propósito era destruirlos e impedir su reembarque. Al llegar al final de este viaje, los ingleses habían conseguido mantener a raya a sus enemigos, y pudieron embarcar en las naves salvadoras que les llevarían de regreso a casa.

A los padecimientos físicos de los militares hubo que sumar la tensión psíquica que experimentaron aquellos hombres al saber que sus mujeres e hijos avanzaban por detrás, intentando seguirlos a duras penas, víctimas pro-

³⁷ *Ibidem*, pág. 97.

bablemente de un sufrimiento aún mayor. En tan tristes momentos, ¡cuántos de entre ellos no dejarían de pensar que tal vez hubiera sido mejor seguir las órdenes del general en jefe Moore! De entre todos los que lograron sobrevivir a tan funesta aventura bélica se contabilizaron más de 900 mujeres. De ellas, unas cien estaban embarazadas. También había niños, una gran porción de niños de poca edad. Muchas de estas mujeres, junto a sus hijos, al llegar a Inglaterra se convertirían en indigentes, pues se encontraron sin un penique y sin saber qué había sido de sus maridos³⁸.

En la mayoría de los países, y durante mucho tiempo, no se había permitido a los militares profesionales contraer matrimonio sin autorización de sus jefes. Y salvo en el caso de los oficiales, tal autorización no era fácil que se concediera. Con ello, se pretendía impedir la presencia física femenina en las campañas militares, lo que provocaba incidentes, retrasos en la marcha y dificultades logísticas añadidas, como la necesidad de tener alojamientos independientes para los casados. Pero el principal motivo por el que se restringía el matrimonio se debía a razones puramente presupuestarias. Si se permitía el matrimonio, la Real Hacienda tendría que incrementar el sueldo de los militares, al objeto de que pudieran mantener una familia con dignidad; además, en caso de muerte del militar³⁹, la Real Hacienda tendría que atender económicamente a su viuda y a sus hijos.

El matrimonio de los militares franceses había sido autorizado por la legislación revolucionaria mediante el Decreto de 8 de marzo de 1793, según el cual se autorizaba a los militares a contraer matrimonio sin la autorización de sus jefes. Ese Decreto derogaba el Reglamento de 1 de julio de 1788, que prohibía cualquier tipo de matrimonio sin la referida autorización. Durante el Imperio esa liberalización se suprimirá y se volverá a la situación anterior. Incluso se añadieron penas y castigos rigurosos para aquellos que desafiaban la ley y contrajesen matrimonio sin el preceptivo permiso. Un Decreto de 16 de junio de 1808 actualizaba la antigua normativa por la que se prohibía a los militares en servicio activo contraer matrimonio sin autorización expresa de sus superiores jerárquicos⁴⁰. Esta prohibición se hacía extensible incluso para los oficiales, que no podían contraer matrimonio si no contaban con la autorización por escrito del ministro de la Guerra. Esa era la causa principal por la que, en general, los oficiales, durante el Imperio,

³⁸ *Ibidem*, pág. 199.

³⁹ Lo que ocurría con frecuencia en época tan guerrera.

⁴⁰ Para los soldados y suboficiales sería preceptivo, también, el permiso del consejo de administración de su Cuerpo.

se casaban tarde, a los 37 años de media, y lo hacían con mujeres una decena de años más jóvenes⁴¹.

El Decreto de 16 de junio de 1808 también prohibía que los militares en campaña fueran acompañados por sus mujeres. Pero, la norma pronto fue ignorada. Y muchas fueron las mujeres que, a lo largo del Imperio, prefirieron hacer caso omiso de las leyes, y venciendo todo tipo de obstáculos, por no poder resignarse a una larga separación, dejaron atrás casas y haciendas, y marcharon tras sus maridos hacia un futuro incierto, lleno de peligros.

Ese fue el caso de Madame Porcher, mujer que acompañó a su marido, teniente coronel del 24 de Línea, durante toda la campaña de 1806-1807. La tarde de la batalla de Eylau, al ver que no regresaba su marido, fue de un vivaque a otro durante horas en busca de noticias suyas, sin obtener resultado alguno. Al amanecer, recorrió el campo de batalla y, tras horas de búsqueda incesante, descubrió finalmente el cadáver de su marido, mutilado y desnudo. Lo transportó hasta el campamento y lo hizo embalsamar en una caja de madera. Sin perder un solo instante, hizo llevar a París aquella “*prueba de su amor y de los horrores de la guerra*”⁴².

Por lo general, aquellas heroínas anónimas que partían a la guerra, en una elevada proporción iban unidas a oficiales de los cuerpos y escalas medias del ejército, ya que apenas se veían en campaña a las mujeres legítimas de los altos dignatarios, generales o mariscales. Ellas preferían permanecer con su rango y honores en sus mansiones de París. Algunas incluso, si así lo consideraba oportuno Napoleón, desde allí, en la distancia de la retaguardia, movían los resortes y manipulaban a sus maridos, a los que, incluso, no dudaban en dictar la línea política de lo que debían hacer. Tal fue el caso, por ejemplo, de Oudinot, mariscal del Imperio.

Aquellas mujeres se mostraban con frecuencia lo mismo que los músicos tras las batallas. Conquistado un país, aparecían ellas y tomaban posesión de la capital del territorio ocupado por las tropas que mandaban sus esposos. Entonces, los bailes que a continuación se sucedían para conmemorar la victoria se celebraban bajo el signo de la férrea jerarquía femenina, de manera que el bastón de mando no era únicamente la señal de identidad del hombre, y la escala de mandos se trasladaba a los salones.

Algunas de estas mujeres fueron célebres, como el caso de Carolina Bonaparte, hermana de Napoleón y mujer de Joaquín Murat. Reinó en Nápoles junto a su esposo, y para mantenerse en el trono debió conducir duran-

⁴¹ PIGEARD, Alain: op. cit., pág. 360.

⁴² LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 233.

te años al fogoso e incapaz Joaquín, sujetándolo con mano férrea, hasta el mismo momento de la traición y su muerte.

O la excepcional Madame Permon, duquesa de Abrantes, ex amante de Metternich y casada con Junot, general del Imperio y uno de los pocos amigos de verdad que tuvo Napoleón. Madame Permon fue en la sombra, por su carácter intrigante y dominante, y su eficaz ascendiente sobre su esposo, una de las mujeres más importantes y con mayor poder efectivo de todo el Imperio⁴³. Durante sus meses de servicio en España, acompañó a su marido, conociendo en su propia carne los horrores de la guerra.

En marzo de 1805, Madame Permon pisaba por primera vez suelo español. Acompañaba a su marido, recién nombrado embajador de Francia en Portugal, a tomar posesión de la embajada en Lisboa. Haciendo el recorrido habitual de tantos viajeros, entró por Hendaya y, pasando por Vitoria, Burgos y Valladolid, llegó a Madrid, donde permaneció algunos días, antes de

⁴³ Laura Permon había nacido en 1784 en Montpellier. Su madre, Panoria Comneno, era corsa de nacimiento y se decía descendiente de los emperadores bizantinos. Su padre fue proveedor del ejército y consiguió hacer una importante fortuna que perdió durante la Revolución francesa. Napoleón conoció a Laura Permon recién llegado a París, cuando apenas era un oficial más, un oscuro general, provinciano y perdido en medio de una gran ciudad. Parece que el joven Bonaparte frecuentó a su familia en París durante el Directorio. Cuando aún era cónsul, y durante un tiempo, pensó incluso en tomarla como esposa, pero finalmente se la ofreció en matrimonio a su amigo y compañero Junot. Se casó en 1799, cuando Laura apenas tenía 16 años de edad. A pesar de que el matrimonio con el general Junot fue favorecido por Napoleón, especialmente en sus primeros años, Laura Permon no tenía precisamente la virtud de ser agradecida, y con frecuencia elegiría como amistades a los enemigos de Napoleón, siendo bastante crítica con sus acciones políticas y militares. Durante el Consulado y el Imperio, participó activamente de la vida cortesana, donde sobresalía por su espíritu cáustico y su extravagancia. Sin embargo, en parte a causa de la prodigalidad de Laura, Junot regresó a Francia cargado de deudas y empezó a dar muestras de alteraciones mentales provocadas probablemente por una vieja herida de bala en la cabeza, que le llevará a la locura y finalmente al suicidio. Al morir su esposo, que se suicidó en 1813, arrojándose por una ventana, Laura Permon continuó trabajando en contra del Imperio napoleónico. Se volvió monárquica y trataba a Napoleón de usurpador. Pero al caer éste, la Restauración no tuvo en cuenta su labor, y entonces, aquella extraordinaria y singular mujer, amante del derroche, para poder subsistir y saldar sus numerosas deudas, hubo de dedicarse a la literatura. Su producción, que firmó con su título nobiliario, es muy amplia, y está compuesta por obras de tipo biográfico y por relatos. Entre las primeras destacan las *Memorias sobre la Revolución, el Imperio y la Restauración*, en las que describía las campañas napoleónicas y la evolución de su política. En esta voluminosa obra de 18 volúmenes, publicada en París entre 1831 y 1835, que redactará con la ayuda de un por entonces desconocido Honoré de Balzac, del cual se convertiría en amante, a lo largo de sus 18 volúmenes la duquesa pasa revista a los acontecimientos de los que fue testigo, desde la Revolución hasta la Restauración. Sus últimos años estuvieron jalonados de dificultades económicas y literarias -sus editores terminaron por no aceptar sus manuscritos- y acabó en la indigencia. Laura Permon, duquesa de Abrantes murió en 1838, en París. Sobre tan apasionante vida femenina, véase: ABRANTES: *Memorias de la duquesa de Abrantes, recuerdos o Napoleón histórico*, T-2. Librairie de L. Mame, París, 1835.

emprender el último tramo del viaje hasta Lisboa. En su camino visitó Toledo y pasó por Talavera, Trujillo y Badajoz. Volvió a cruzar territorio español en febrero del año siguiente, al regresar a Francia. Y tuvo que hacer este camino, una vez más, en marzo de 1810 al ser nombrado el general Junot, comandante en jefe del VIII Cuerpo de Ejército francés en España. Debido a los acontecimientos bélicos, la duquesa de Abrantes recorrió durante meses distintos lugares de Castilla la Vieja y León (Burgos, Valladolid, Salamanca, Ledesma y Ciudad Rodrigo) mientras seguía los pasos de su marido, y no regresó definitivamente a París hasta julio de 1811.

Cuando seguía a su esposo Junot, de Valladolid a Salamanca, fue hecha prisionera por el guerrillero don Julián. En Ciudad Rodrigo, plaza fuerte medio en ruinas, en una casa sostenida a duras penas por enormes sacos terreros que interceptaban cualquier rayo de luz, la rutilante y altanera Laura Permon dio a luz un niño en mitad de la miseria, la penumbra y los peligros. Como no podía ser de otro modo, recibió el nombre de Rodrigo.

Resultado de aquel periplo por tierras españolas fue un libro de viajes que Laure Permon escribió años después, con brillantes descripciones de cuanto vio y observó durante su estancia en el país. Para entonces, se había convertido en una enamorada de España. Fue capaz de hacer autocrítica de la presencia francesa en España durante la Guerra de la Independencia. Para la autora, si bien las intenciones de los suyos fueron buenas, los medios no siempre fueron los adecuados. Tras presenciar la manera en la que los soldados franceses trataban a sus homólogos españoles, confesaba haber alcanzado un estado de indignación tal “que habría aceptado el mando de una partida de guerrillas”⁴⁴.

LAS MUJERES SOLDADO

También existió un importante grupo de mujeres que no queremos dejar en el olvido. El de aquellas que por motivos bien diferentes hicieron caso omiso de su condición femenina, y ocultas bajo vestimentas de varón, usurparon, con mayor o menor suerte, una personalidad que, en los tiempos que les tocó vivir, no les correspondía, alistándose como soldados, una profesión entonces reservada exclusivamente a los hombres. Merecen un recuerdo y salir del olvido al que han quedado relegadas.

⁴⁴ *Souvenirs d'une ambassade et d'un séjour en Espagne et en Portugal de la duquesa de Abrantes*. Publicada en 1837. Traducción, estudio y notas de Francisco Lafarga, Lleida, Universidad de Lleida/Pagès Editors, 2016, colección “El Fil d’Ariadna”, p. 113.

Hubo ciertamente mujeres que sirvieron en calidad de soldado, en un mundo esencialmente masculino. Su presencia se convirtió en un hecho excepcional, pero cierto. Se dio por igual en todos los ejércitos y con más frecuencia de lo que la historiografía nos ha dejado entrever, ya que su presencia es sumamente difícil de constatar, pues, como es natural, la interesada guardaba con el mayor celo su secreto, que únicamente se desvelaba, de forma fortuita, por algún suceso casual.

En la noche del 26 al 27 de diciembre de 1781, durante el asedio al Castillo de San Felipe de Mahón por parte de las tropas españolas, en el que intentaban tomar al asalto aquel importante punto defensivo menorquín en poder de Inglaterra desde el Tratado de Utrecht, un disparo de artillería procedente del castillo hirió gravemente a un soldado llamado “Carlos Garain”, perteneciente al Regimiento suizo de Betfchart, rompiéndole la pierna derecha a la altura de la pantorrilla. Trasladado al hospital, consiguió ocultar su mal, y persuadir a los cirujanos y practicantes que no lo reconocieran. Pasó el día con grandes dolores, y debido a que se sentía cada vez peor, solicitó confesarse, recibiendo los Santos Sacramentos. Esa misma noche falleció, y al sacar el cadáver, comprobaron, con sorpresa, que no se trataba de un varón, sino de una mujer. Los facultativos la reconocieron y comprobaron, además, que era virgen. Enterado el duque de Crillon, mandó suspender el entierro hasta su llegada, por lo que el cadáver se depositó temporalmente en la iglesia del Carmen, ataviado con el hábito de la Virgen, corona y palma. El día 29 fue inhumada con todos los honores. En su filiación constaba que era hija de Pedro y Carlota Willie, de religión católica. Tenía 17 años y era natural de S. Gengu, en la Republica Wallay, en Suiza. Tal era su interés en ingresar en el ejército como soldado que tuvo que vencer numerosas dificultades hasta lograrlo.

Queda la duda acerca de cuál fue su mayor mérito: su valor o su castidad; o los esfuerzos añadidos por sobrevivir y lograr durante años de engaños no ser reconocida como mujer, en lo que demostró notable habilidad, pues incluso hizo estrecha amistad con un soldado de su misma compañía, compartiendo cama durante dos meses sin que el joven descubriese nunca su secreto⁴⁵.

No muy conocida, aunque no por ello menos impactante, fue la odisea de un joven mozo voluntario francés que un oficial descubrió en 1812 cuando Napoleón entraba en Moscú. Era aquel un hábil e intrépido jinete, y cada mañana marchaba al galope en busca de forraje con el que alimentar

⁴⁵ QUETGLAS MOLL, Juan, MORATINOS PALOMERO, Patrocinio: *Hospital Militar de la “Isla del rey” en Mahón. Datos para su Historia*. Asasve.es

a los caballos, sin demostrar temor alguno a los cosacos. Un día, el joven se desmayó ante su jefe. El joven, que ya en Moscú había sorprendido al oficial por su particular gusto por las hermosas vestimentas antiguas (que recogía diciendo que eran para hacer un regalo a su hermana pequeña), se vio obligado a dejarse reconocer por el médico del batallón. La inspección ocular descubrió que, en realidad, se trataba de una joven niña de 14 ó 15 años, que había abandonado la casa paterna por el amor de un oficial de artillería al que había seguido. Muerto este en la batalla de Borodino⁴⁶, ella se quedó sola, y como tenía pasión por los caballos, encontró un medio con el que buscarse la vida. Ese pequeño jockey femenino fue bien tratado por su Regimiento durante semanas, pero durante el pasaje del río Berezina, desapareció⁴⁷.

Marie-Angélique-Josephine Duchemin, nacida en Dinan en 1772, se casó muy joven con un militar del 42 de Línea. Comenzó a frecuentar el campo de batalla en el que participaba su marido y logró alistarse alcanzando el rango de cabo furriel. Durante 20 años participó como soldado de la República en siete campañas y recibió tres heridas. El 14 de diciembre de 1789 fue admitida como un militar más en los Inválidos de París. Finalmente, en 1851 se reconoció toda su trayectoria militar al servicio de Francia cuando se le concedió, ocho años antes de su muerte, la medalla de la Legión de Honor⁴⁸.

Docoud-Laborde era una joven nacida en Angulema en 1773, que se casó con el soldado Poncet, y fue apodada Breton-Doble. Durante varios años sirvió en el 6º de Húsares. Madame Docoud se distinguió en las batallas de Eylau y Friedland, resultando herida de gravedad en esta última, siendo condecorada con la Legión de Honor. Nuevamente herida y amputada una pierna en la batalla de Waterloo, prisionera de los ingleses y conducida presa a Dunai, no regresó a Francia hasta 1830, muy poco antes de morir.

Virginia Ghesquière se incorporó como voluntario en el 27 de Línea en el año 1806 en lugar de su hermano menor que había sido llamado a filas. Después de meses de campaña en los que demostró su valor y saber hacer, alcanzó el grado de sargento y continuó sirviendo en el ejército hasta 1812 cuando, por una circunstancia del azar, fue reconocida como mujer y reenviada de vuelta a casa en contra de su voluntad.

Algo más de suerte tuvo Marie-Jeanne Schellink, nacida en Gand en 1757, que se enroló como voluntaria en 1792. Herida por seis golpes de sable en Jemmapes, se recuperó y regresó al servicio activo luchando en la

⁴⁶ 7 de septiembre de 1812.

⁴⁷ LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 242.

⁴⁸ PIGEARD, Alain: op. cit., pág. 358.

batalla de Marengo en 1800. Años después, en 1805, estuvo presente en la batalla de Austerlitz, donde luchó bravamente contra los austriacos, aunque fue nuevamente herida en el hombro izquierdo. Promovida a subteniente el 9 de junio de 1806, participó en la batalla de Jena, donde, una vez más, Schellink recibió una herida. Durante todo el año 1807 hizo la campaña de Polonia. Unos meses después, y gracias a todas sus heridas, fue finalmente recompensada y muy justamente pensionada. El 20 de julio de 1808 recibió la Legión de Honor con 700 francos de pensión hasta el final de sus días⁴⁹.



**Napoleón impone a Marie Schellinck una medalla en el campo de batalla.
Ilustración de “Le Petit Journal”, septiembre de 1894**

⁴⁹ *Ibíd*em, pág. 360.

Sin duda alguna, el caso más conocido de todos los que nos ha dejado la historiografía es el de Therese Figueur, una mujer de destino singular, que sirvió disfrazada de hombre durante años en las filas del Emperador en una larga vida propia de una novela de aventuras.

Nacida en 1774 en la población de Talmay, a unas seis leguas de Dijon, Therese era hija de un molinero. Huérfana de padre y madre, desde muy pequeña pasó al cuidado de un tío que la colocó como aprendiz en casa de un mercader de paños en Avignon, país dominado por los realistas. En 1793, momento en que se organizaron las compañías federalistas y contrarrevolucionarias, su tío, viejo militar, mandaba una compañía de cañoneros, y Therese le suplicó poder incorporarse a dicha compañía, pues tal era la pasión que sentía por el ejército y las armas. El cuidado de una joven soltera de 19 años no era una cosa fácil en aquellos tiempos de turbulencias. El tío se dejó convencer por Therese, y ella comenzó a utilizar el uniforme de cañonero, que constaba de casaca azul del rey, largo pantalón de algodón de rayas azul y blanco abotonado a lo largo de ambos lados, briquet y tricornio. Al principio vestía de tal guisa quizá con la intención de pasar desapercibida frente a miradas poco amigas. Más tarde por convicción. De este modo, y casi sin darse cuenta, fue como Therese quedó marcada para ser soldado.

Desde entonces comenzó una larga carrera militar que se inició en el asedio de Tolón, donde destacó por su arrojo, bravura, despreocupación, desparpajo, desenvoltura y por su ignorancia al respeto jerárquico, por lo que recibió el apelativo de “Sans-Gêne”⁵⁰. Completó su instrucción militar en un regimiento de dragones.

Hizo la guerra de España en 1794. Allí, un oficial le pidió en matrimonio, lo que le planteó un grave problema. El dragón Sans-Gêne, puestos los pros y contras en una balanza, determinó que tenían mayor peso los contras. La independencia triunfó, y Therese dejó plantado a su prometido el mismo día de la boda. Poco después, tomó parte en las campañas de Italia. Fue presa de los austriacos en la batalla de Savigliano, y permaneció cautiva del príncipe de Ligny en una sala de una iglesia de Turín. Dicho príncipe, sorprendido por su condición femenina, le brindó su protección y le hizo objeto de sus atenciones hasta el momento mismo en que fue reconducida a las filas francesas y puesta en libertad.

Una vez en libertad, Therese no tardó en enrolarse nuevamente en las filas imperiales. Gozaba de extraordinaria salud y fortaleza, de las que presumía. Hasta que en el año 1800, tras la travesía de un torrente helado en

⁵⁰ Sans-Gêne puede ser traducido como descarada, desenfadada, carente de pudor o vergüenza.

los Alpes, la aventura de Therese Figueur estuvo a punto de terminar. Cayó y sufrió numerosas heridas. Aquello le hizo replantearse la vida, y gracias a la magnificencia de los ciudadanos cónsules de Francia, recibió una pensión de 200 francos por los largos años de fieles servicios, lo que le permitió a Therese retirarse a su ciudad natal. Todo parecía indicar que su aventura militar había llegado a término. Pero, nada más lejos de la realidad. Recobrada la salud, volvió a plantearse el reenganche en filas. La llamada de las armas era demasiado poderosa y, además, veintiocho años no era para Theresa una edad para comenzar a vegetar en los Inválidos de París. Solicitó su reingreso a filas, y en 1805 marchó con el resto de su regimiento para emprender nueva campaña. Estuvo en Austerlitz, y meses después, el 14 de octubre de 1806, en Jena, persiguiendo a los prusianos, después de lo cual regresó a París⁵¹.

En la capital francesa permanecerá los meses siguientes, aquejada de fuertes fiebres que la mantuvieron postrada en la cama. Pero, apenas repuesta, soñaba con incorporarse una vez más a su antiguo trabajo. Y así lo hizo, reuniéndose al Regimiento 15 de Dragones a caballo. A pesar de los 36 años que ya tenía, se enroló en un batallón de jinetes de la Joven Guardia, y con ellos partió en dirección a España. En Burgos, a pesar de su nacionalidad francesa, Theresa logró granjearse la simpatía de un cura local, que hasta le llegó a dar alojamiento, impresionado por su generosidad, pues solía repartir sus víveres entre los más necesitados y socorrer a los enfermos de los hospitales.

Un día que paseaba a caballo por las proximidades de Burgos, Theresa fue cogida presa por la partida del guerrillero cura Merino, fanático trapense que odiaba todo cuanto proviniese de Francia. No recibió un trato amable y generoso, y pasó pésimos momentos retenida en el cuartel general del cura. En agosto de 1812, fue enviada al estado mayor de un regimiento escocés, y de ahí pasó a manos de una compañía de portugueses que, a punta de bayoneta, la llevaron hasta Lisboa. Se sintió afortunada cuando ya en la capital portuguesa fue encerrada en una prisión que compartiría con algunos empleados españoles que habían servido al rey José. Allí permaneció hasta el momento en que salió de la prisión para ser enviada presa a Inglaterra, a una pequeña villa cercana a Southampton, donde quedó retenida hasta la caída del Imperio. Una vez liberada, regresó a Francia. Durante los Cien Días, vestida con un reluciente uniforme nuevo de los Cazadores de la Guardia, se situó un día en el camino de Napoleón hacia las Tullerías, y el Emperador en persona la reconoció. Se detuvo, y dirigiéndose directamente a Theresa, le dijo:

⁵¹ DEMOUGIN, Jacques: *La Grande Armée*. Col. Tresor du Patrimoine, París, 2004, pág. 77.

“Mademoiselle Sans-Gêne, ¿habéis abandonado los dragones por los cazadores?”

Theresa no combatió en Waterloo porque aquel día estaba destinada en París. Mientras en los campos de Bélgica se decidía la suerte de la guerra y de toda Europa, ella, incansable, se dedicaba a socorrer a los heridos bajo los muros de París. Finalmente, el 30 de marzo de 1814 los aliados entraban en la capital y el Ejército Imperial fue licenciado. Aquella vez, la aventura de Theresa con las armas terminó definitivamente. Con una pensión de 200 francos, insuficientes para vivir, tuvo que agudizar el ingenio y buscar el modo de salir adelante y sobrevivir. Buscó asociarse con Madame Garnerin, una audaz mujer que durante las celebraciones y fiestas populares se dejaba caer en paracaídas desde un aerostato. También abrió en la calle Plumet, próximo a la caserna de Babylone, una pensión para oficiales.

En aquellos años de retiro y sosiego, Theresa contrajo matrimonio con su viejo camarada Sutter, un anciano tambor de los suizos, convertido, a la caída del Imperio y durante la Restauración, en sargento de la gendarmería de cazadores. En 1841 quedó viuda. Tenía entonces el aspecto de una plácida burguesa de provincias a la que le gustaba la conversación y recordar mil y una historias sobre los viejos tiempos de gloria. Murió en el hospicio des Petites Menages en Issy, en 1861. Había cumplido los 87 años⁵².

Una vida fascinante y plena la de Therese, como la de otras muchas intrépidas mujeres que, contra viento y marea, decidieron seguir la carrera de las armas y servir en el Ejército Imperial. Sin embargo, como ya hemos tenido ocasión de ver, el Ejército de Napoleón no era el único que contó con la presencia de mujeres en sus filas. La presencia femenina en los ejércitos de la época era una constante, y nuestro país no fue una excepción.



**Marie-Thérèse Figueur.
Musée Bonaparte, Auxonne**

⁵² J. LUCAS-DUBRETON: op. cit., pág. 235- 242.

LAS MUJERES EN LOS EJÉRCITOS DEL REY DE ESPAÑA

La presencia de mujeres en los ejércitos españoles durante aquellos años fue un hecho frecuente, y, de manera similar a lo que ocurría en el resto de los ejércitos europeos, se considerada un mal endémico, un lastre en la milicia difícil de erradicar, pues los mandos militares lo veían como un serio impedimento para su normal desenvolvimiento⁵³.

Ya en las Reales Ordenanzas de 1632, Felipe IV se quejaba de la cantidad de soldados españoles casados que había en Italia y Flandes, lo que le obligaba a sustentar dos ejércitos: el de los vivos que le sirven, y otro el de los muertos que le sirvieron “*en sus mujeres e hijos que no me pueden servir*”. Además, reconocía que con el sueldo de soldado, no se podía mantener a mujer y tres o cuatro hijos,

“con lo cual la necesidad y el vituperio los anima a todo género de indignidades y la atención que se había de emplear en la puntualidad del servicio, ocupan en adquirir violentamente todo lo que pueden para el sustento de sus familias”.

Afirmaba Felipe IV que los ejércitos en campaña

“parecen aduarez⁵⁴; y los cuarteles, aldeas, llenos de mujeres y muchachos que embarazan mucho las jornadas del ejército, consumen otra cantidad de bastimentos, imposibilitando por este respecto muchas expediciones de grande importancia”.

Por las razones expuestas, las Ordenanzas solo permitían casarse a la sexta parte de los soldados (en el caso de los soldados destinados en Italia y Flandes), o a la cuarta parte de ellos en el caso de los soldados destinados en España. Siempre, previa autorización de sus superiores. Para poder contraer matrimonio “*los que tuvieren puesto de capitanes arriba*” se debía obtener licencia por escrito del Rey. Y “*los capitanes, alféreces, sargentos, soldados particulares y aventajados*” tenían que obtener licencia escrita de su general. En caso de contraer matrimonio sin tal licencia, se arriesgaban a ser expedientados y sancionados con la expulsión del Ejército.

⁵³ BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Del Tercio al Regimiento*. Real Sociedad Económica de Amigos del País, Valencia, 2001, pág. 194.

⁵⁴ Pequeñas poblaciones de beduinos o gitanos, formadas por chozas, tiendas o cabañas.

Las Ordenanzas se preocupaban de destacar que no se autorizasen los “*casamientos pobres y infames*”, para que de esta manera “*las personas militares vivan y sirvan con el honor y buena fama que su ejercicio pide*”.

La necesidad de facilitar a los casados un tipo de alojamiento especial, aislado de la tropa, en sus cuarteles y acantonamientos⁵⁵, la exigencia de incrementar el sueldo para atender a la familia del soldado, y también la necesidad de proporcionar cuidado y atención a la viuda y a los niños que dejaban cuando morían (que de otro modo quedarían desamparados y sin medios para su sustento), llevó al monarca a conceder únicamente en casos excepcionales la autorización para casarse y conservar, al mismo tiempo, su empleo. Por eso, las autorizaciones fueron realmente escasas y apenas alcanzaron a una cuarta parte de las tropas peninsulares⁵⁶.

Un siglo más tarde, el matrimonio de los militares seguía estando muy restringido por las mismas razones. La insuficiencia de los sueldos de los oficiales casados hacía muy difícil que una familia viviese con cierta dignidad y decencia. Por ello, el matrimonio de coronel para abajo estaba seriamente limitado.

En 1761, con la creación del Montepío Militar⁵⁷, se dio un importante paso adelante facilitando que se abriera la mano con el tema de los matrimonios de los “oficiales” y se pudiesen celebrar un mayor número de ellos

⁵⁵ Hasta la Real Cédula de 8 de abril de 1718, en que se ordenó que se comenzaran a edificar cuarteles, los soldados vivaqueaban en el campo o amontonados entre las viviendas de una población. A partir de esa fecha, la tropa comenzó a habitar en recintos contruidos a tal fin, por lo general al borde o bajo los baluartes de las murallas, viviendo, en los primeros momentos, en cuartuchos dotados de 3 camas, cada una de las cuales compartían 2 soldados. SANZ, Raymundo: *Diccionario militar de todos los términos propios al Arte de la Guerra*. Barcelona, Juan Piferrer, 1749, pág. 79.

Posteriormente se empezaron a edificar los cuarteles propiamente dichos, tal y como los entendemos hoy en día, o siguiendo una costumbre bastante habitual se aprovechaba algún viejo edificio como podía ser un monasterio o un convento. En esos locales, de cuya limpieza se encargaban los ocupantes o sus mujeres, en caso de estar acompañados de ellas, los soldados pasaban la mayor parte de las horas del día no dedicadas a la instrucción. En ellos cocinaban, arranchados según su conveniencia, entretenían sus ocios y se aseaban con una sola jofaina para todos y la ayuda de “*un cepillo y dos toallas*” que debían guardar celosamente el cabo de escuadra; los mismos utensilios servían también para fregar “*mesas, bancos, tinajas, ollas, tapaderas*” y lavar la ropa. Todo ello, naturalmente, bajo la estrecha vigilancia de sus jefes. PUELL DE LA VILLA, Fernando: *El soldado desconocido. De la leva a la “mili”*. Biblioteca nueva, Madrid, 1996, pág. 36.

⁵⁶ En el resto de los ejércitos europeos la situación no era muy diferente. En Francia solo el 16 % se casaba. La proporción entre los oficiales alemanes era un poco más elevada, aunque la calidad de las contrayentes dejaba mucho que desear porque no eran precisamente muchas de ellas las que se mostraban encantadas con la idea de casarse con un soldado. *Ibidem*, pág. 195.

⁵⁷ La Armada también creó varios Montepíos.

al eliminar, al menos relativamente, el principal obstáculo que hasta entonces se venía esgrimiendo para su impedimento: el económico. El Montepío nació con la idea de proporcionar pensiones a las viudas y huérfanos de los oficiales fallecidos. La forma de financiarse el Montepío será detrayendo todos los meses parte del sueldo de cada uno de los oficiales (aunque fueran solteros).

El Montepío Militar supuso un importante avance social dentro del Ejército, de eso no hay duda, aunque su alcance siempre estuvo supeditado al estricto cumplimiento de gran cantidad de requisitos previos. No todas las viudas podían disfrutar de una pensión del Montepío, sino únicamente las viudas de oficiales con el empleo de capitán en adelante. La pensión era la misma para todas las viudas de una misma categoría, con independencia del número de hijos que tuvieran. Y si esta se casaba de nuevo, perdía su derecho a la pensión⁵⁸, que pasaba a sus hijos. Si un oficial moría sin tener mujer ni hijos, en ese caso la pensión correspondía a la madre. Y en el caso de que una mujer tuviera derecho a dos pensiones (una por su marido y otra por su hijo), únicamente percibiría una de ellas: la que fuera más elevada.

También estaban previstos los posibles casos de fraude. Por ello, se estableció que las viudas cuyos maridos se hubiesen casado después de cumplir sesenta años, no tendrían derecho a pensión, salvo que el marido hubiese muerto en combate.

El Reglamento del Montepío estipulaba de forma estricta y detallada los requisitos que debían reunir los oficiales para poder contraer matrimonio. En primer lugar y antes de iniciar cualquier trámite de casamiento, se estipulaba la necesidad del futuro esposo de solicitar una real licencia⁵⁹. El Montepío se preocupaba, además, de una forma muy especial, por la condición social y “categoría” de las futuras esposas, probablemente con el fin de contribuir a mantener un cierto “estatus” y lo que por entonces se entendía como “decoro” entre los miembros de la oficialidad. Las mujeres debían ser, o bien hijas de oficiales, o bien hijas de padres nobles o hidalgos. Si pertenecían al estado llano, solo se permitía el matrimonio con un oficial si el padre de la futura contrayente formaba parte de los “*hombres buenos, honrados y limpios de sangre y oficios*”. Además, era requisito imprescindible que la mujer aportara una dote, que variaba según su condición social: 20.000 reales de vellón si era de origen noble, y 50.000 reales de vellón si pertenecía

⁵⁸ Salvo que el marido hubiese muerto en combate.

⁵⁹ Si se contraía matrimonio sin licencia, la viuda no tenía derecho a pensión.

al pueblo llano. Únicamente las hijas de oficiales o de ministros de la guerra estaban exentas de tal requisito.

Los expedientes personales conservados en el Archivo General Militar de Segovia recogen por millares peticiones de oficiales al rey para contraer matrimonio. El estudio de las mismas delata que todos ellos seguían un protocolo similar y predeterminado. A modo de ejemplo ilustrativo hemos escogido una de ellas, la de un oficial de uno de los regimientos irlandeses del rey de España, y que data de 1796. Para entonces, nuestro oficial, D. José O'Donell, miembro de una ilustre familia de militares de origen irlandés, afincados desde el siglo XVII en España, era capitán del Regimiento Irlanda. A fecha 23 de septiembre dirigía un escrito al Secretario del Despacho de la Guerra solicitando autorización para contraer matrimonio. El escrito decía así:

“Señor:

D. José O'Donell capitán del Regimiento de Infantería de Irlanda con la más rendida veneración, puesto a los Reales pies de V.M expone que:

No habiéndose efectuado el casamiento que fue de su Real agrado, permitirle que contrajese con Doña Elena O'Callagan hija de D. Cornelio O'Callagan capitán que fue del Regimiento de Ultonia, por haber sobrevenido algunas dificultades que lo impidieron, y deseando desposarse con Doña María Anna D'Anethan, actualmente domiciliada en esta ciudad, hija legítima y de legítimo matrimonio de D. Francisco Antonio D'Anethan caballero del S.R. y señor de Densborn y Winchange y de Doña Beatriz de Mareschal, su legítima mujer, hija de D. Francisco Alberto de Mareschal, teniente coronel que fue del Regimiento de Mendeman al servicio del Sr. Rey D. Felipe V, que goza de Dios y respeto justifica en los papeles y documentos que acompaña la nobleza y demás circunstancias que requiere V.M. en las mujeres de los oficiales.

Suplica atentamente a V.M. que sea de su agrado concederle permiso para contraer dicho casamiento: gracia que espera de la innata piedad de V.M

Luxemburgo. 15 junio de 1765”⁶⁰.

⁶⁰ En el Expediente personal de José O'Donell. AGMS. 1ª sec/ Leg: O-103. Para saber algo más sobre los regimientos irlandeses en España véase: COIG-O'DONELL DURÁN, Luis: “Militares y Unidades irlandesas en España”, en *Revista de Historia Militar*, nº 60, SHM, Madrid, 1986, pág. 40.

De la lectura del escrito de petición del capitán O'Donell, se puede deducir varias cosas importantes. Nos llama especialmente la atención el hecho de que no era suficiente con la solicitud formal preceptiva dirigida al Rey, sino que se debía acreditar el origen social y la condición de la futura esposa con la aportación de papeles y documentos oficiales.

La autorización para contraer matrimonio con doña Anna Anethan, hija legítima, y natural de Luxemburgo, le fue concedida al capitán O'Donell el 8 de julio de 1765, una vez comprobado que los contrayentes cumplían todos los requisitos exigidos. En primer lugar, la condición "noble" de la contrayente. También, el rango de capitán del solicitante. Y, lo que resultaba aún más decisivo, la aportación de ocho mil florines de Alemania (que se correspondían a ochenta mil reales de vellón) en concepto de dote de la novia. Una cantidad de dinero que se consideraba por el Montepío más que suficiente para que la nueva pareja pudiera llevar una vida digna y libre de penurias, al margen de la exigua paga del joven capitán, sin que supusiera una carga onerosa al Estado.

En el siguiente apartado veremos cómo estas mujeres, al igual que ocurría en otros ejércitos europeos, llegado el caso, acompañaban con frecuencia a sus maridos en las campañas militares.

LA PRESENCIA FEMENINA EN EL EJÉRCITO DE CARLOS IV. LA EXPEDICIÓN ARMADA DEL MARQUÉS DE LA ROMANA

Tenemos abundantes pruebas de la presencia femenina en los ejércitos del rey Carlos IV. Su presencia está sobradamente documentada, aunque en ningún caso con tanto detalle como en la expedición armada al norte de Europa dirigida por el marqués de La Romana, por la cantidad de documentos y testimonios que tal expedición originó.

Después de la campaña de 1806, Napoleón exigió al Rey de España, en virtud de los acuerdos suscritos en el Tratado de San Ildefonso (27 de junio de 1796), el envío de un cuerpo expedicionario de ejército a Alemania, con el objetivo de guarnecer las costas del mar Báltico y reforzar el bloqueo al que Napoleón quería someter a Gran Bretaña. En base a este Tratado, España debía facilitar a Francia 14.000 hombres de tropas escogidas.

Parte de esos 14.000 hombres procederían de tropas destinadas en España⁶¹, y el resto procedería de las tropas españolas destinadas en el Reino de Etruria⁶², donde, desde hacía muy poco, reinaba María Luisa, hija mayor de Carlos IV, y en el que prestaban servicio de guarnición y vigilancia. A estas dos columnas de soldados se les dio la orden de atravesar Europa y reunirse en la ciudad de Hamburgo. Las tropas procedentes de España marcharían bajo el mando del marqués de La Romana, general en jefe del cuerpo expedicionario. Las procedentes de Etruria marcharían bajo el mando del brigadier Salcedo hasta su reunión en Hamburgo con el resto de la División.

Al decretarse la salida hacia el norte de Europa de las tropas destinadas en Etruria, algunas mujeres prefirieron no seguir a sus maridos y regresar a sus ciudades de origen en España. Este fue el caso de seis mujeres de militares del Regimiento Zamora, que, acompañadas por sus hijos, decidieron volver. Y para facilitar su tránsito y vuelta a casa⁶³, solicitaron que se les abonase las dos pagas del sueldo de sus maridos a las que tenían derecho,

⁶¹ En concreto, el Regimiento de Infantería de la Princesa, un batallón del Regimiento de Infantería Guadalajara, el Regimiento de Infantería Asturias, el 2.º Batallón de Voluntarios de Barcelona, el Regimiento de Caballería de Línea del Rey, el Regimiento de Caballería del Infante, el Regimiento de dragones Almansa, una compañía de zapadores y una unidad de artillería.

⁶² En concreto, el Regimiento de Infantería Zamora, dos batallones del Regimiento Guadalajara, el 1.er Batallón de Voluntarios de Cataluña, el Regimiento de Caballería Algarve, el Regimiento de dragones Villaviciosa y una compañía de artillería.

⁶³ La autorización para que, en efecto, así se hiciera, está firmada por Gonzalo O'Farrill, en Barcelona, el 15 de enero de 1808. Así se lo comunicaba al ministro de la Guerra, D. Antonio Olaguer Feliu, a quien decía (AGMS. Sec 2º Div 3ª. Legajo: 1551):

“Excmo. Señor.

Por el Señor marqués de Caballero se me comunicó con fecha 22 de septiembre del año próximo pasado la Real Orden que determina que a las mujeres y familias de los seis individuos del Regimiento de Zamora contenidos en la nota adjunta, se les abonase por la Real Hacienda de Florencia dos pagas de sueldo de sus respectivos maridos para que pudiesen restituirse a España.

Esta Soberana resolución ha llegado a mi noticia estando ya fuera de Florencia de donde también aun antes de mi salida habían emprendido su viaje a Hannover o Hamburgo a incorporarse con sus respectivos maridos las expresadas mujeres a excepción de la del cirujano Bayona que creo se haya también en Liorna.

Tanto a estas familias como a las demás que han tenido que salir de Toscana sea para España o para Alemania después de la marcha de la División se les han franqueado dos o tres meses de lo asignado por los maridos para que no tuviesen que solicitar otro auxilio. Bajo este concepto he creído oportuno enterar a V.E de todo para que si lo tiene por conveniente lo ponga en noticia de S.M

Dios gué a V.E M.A. Barcelona, 15 enero de 1808.”

Si bien O'Farrill habla de seis mujeres, al parecer fueron más las procedentes de este Regimiento.

en razón de una Real Orden de septiembre de 1807. Además de esas seis mujeres del Zamora, hubo varias más, de diferentes unidades y regimientos, que también pidieron su retorno⁶⁴.

Estas mujeres fueron:

CUERPOS	EMPLEO Y NOMBRE	PERSONAS QUE DEBEN COBRAR	ASIGNACIÓN MENSUAL EN REALES DE VELLÓN	TESORERÍA
Regimiento de Infantería de Zamora	Tcol. Antonio Harcourt	Luisa Masdeu	300	Valencia
	Tte. Juan Camuñas	M. ^a Antonia Milante	140	Barcelona
	Cirujano. Isidro Bendat	Petra Álvarez	320	Idem
	Cirujano Ignacio Santos	Joaquina de Llera	320	Idem
	Cirujano Ramón Bayona	María Bayona	240	Idem
	Tambor Mayor Juan Bregon	Teresa Michana	90	Idem
	Sarg. Mayor Juan Vives	M. ^a de los Dolores Caro	300	Sevilla
Capitán Juan Porta	María Manuel Guerrero	360	Zaragoza	
Batallón de Infantería Voluntarios de Cataluña	Cap. Ant. Gaspar Blanco	María Castañola y Gil	600	Barcelona
	Cap. Carlos Ribas	Rafaela del Pino	200	Idem.
	Tte. Francisco Camilleri	Francisca Bermejo	160	Idem.
	Cap. Bernaror Cienfuegos	Rosa Nieves Novilla.	240	Idem.
Regimiento de Caballería de Algarbe	Ayudante. Fco. Rodríguez	Francisca Matas Rguez.	300	Idem.
	Tte. Francisco Saldarriafa	Josefa Fábregues	180	Idem.
	Tte. Esteban de Estrada	Gertrudis Chileno	180	Idem.
Regimiento de Dragones de Villaviciosa	Cirujano José Sales	Josefa Gores	200	Idem.
	Ayudante Juan Conway	No consta el nombre de su mujer	360	Idem.

Una vez de nuevo en la Patria, la vida de estas mujeres volvería, teóricamente, a la normalidad. Su sustento y el de sus hijos quedaba, por el momento y al menos en teoría, asegurado, pues en las Reales Ordenanzas dadas por Carlos III se estipulaba que se haría con cargo al salario de sus maridos. Todo ello, conforme a una cantidad previamente determinada por

⁶⁴ Del Regimiento Guadalajara y del destacamento de Artillería no hay ninguna asignación. Leg: 1551. Sec. 2^a/ 3^a Div. Archivo General Militar Segovia.

cada uno de ellos, lo mismo que la Tesorería en la que habría de verificarse puntualmente el pago cada mes del año. Ese socorro alimenticio era fundamental para el sustento de las familias de los oficiales y demás soldados, y se descontaba de su paga por las cajas de sus respectivos Cuerpos.

Muchas fueron las mujeres de los soldados destinados en Etruria que, en el momento que se les ordenó la partida hacia el norte de Europa, decidieron, a pesar de los riesgos y dificultades que el viaje entrañaba, seguir a sus maridos. Tal vez tomaron esa decisión al pensar que si sus maridos se marchaban al norte de Europa, ¿qué hacían ellas solas en un reino extraño, como era Etruria? Quedaba la opción del retorno a casa pero, en estos casos, pudo más el deseo de continuar junto a sus esposos. Sin perder tiempo, cogieron a sus hijos, cargaron sus pertenencias, y siguieron a sus maridos a un destino incierto, lejano y desconocido.

En cuanto a las mujeres de los soldados que desde España debían partir al norte de Europa, no parece que fueran muchas las que decidieron seguir a sus maridos. Sin duda, para ellas resultaba bastante más cómodo y seguro permanecer en sus hogares, cerca de amigos y familiares, en vez de dejarlo todo y marchar al norte de Europa, a un lugar extraño y perdido, y por un tiempo indeterminado e imposible de calcular.



**Christoph y Cornelius Suhr, El Burgués de Hamburgo.
Expedición de La Romana a Dinamarca**

Las tropas españolas, al llegar a Hamburgo, causaron honda impresión en la tranquila población alemana. Recurrimos a un testimonio contemporáneo, el del historiador Adolphe de Thiers, en cuya *Historia del Consulado y el Imperio* podemos leer, que

*“aquellos soldados de tez morena, miembros enjutos, tiritando en las tristes y heladas playas del Océano Septentrional, representaban un singular contraste con nuestros aliados del norte”*⁶⁵.

Thiers continúa su descripción, proporcionando interesantes detalles sobre la vida de nuestras tropas, que durante todo el invierno de 1807 permanecieron acantonadas en las proximidades de Hamburgo. De ellas decía:

*“iban seguidos de multitud de mujeres, niños, caballos, mulas y asnos cargados de enseres, bastante mal vestidos, pero de una forma muy original, vivos, animosos, escandalosos, solo hablaban el español y vivían exclusivamente entre ellos. Hacían pocas maniobras y dedicaban una significativa parte de su tiempo en bailar al son de la guitarra con las mujeres que les acompañaban. Atraía de esa forma la curiosidad estupefacta de los serios habitantes de Hamburgo, cuyo periódico contaba estos detalles a una Europa sorprendida por tan extraordinarias escenas”*⁶⁶.

Después de pasar los expedicionarios españoles varios meses acantonados en Hamburgo y sus alrededores, a principios de 1808 recibieron la orden de trasladarse a Dinamarca. Pero, a la hora de partir, según se desprende de un escrito de Ranz Romanillos, ministro de España en Hamburgo, se dio la orden de que en la citada ciudad debían permanecer *“los enfermos, el Cuerpo de Ingenieros y las mujeres de los oficiales y soldados que habían seguido a sus maridos, y a las que se les dio orden de no pasar adelante”*. Ahora bien, dicha orden, por lo que respecta a las mujeres, fue ignorada y no se cumplió, como veremos a continuación.



**Christoph y Cornelius Suhr,
El Burgués de Hamburgo.
Expedición de La Romana
a Dinamarca**

⁶⁵ THIERS, Adolphe: *Histoire du Consulat et de l'Empire*. Ed. Paulin, París, 1855, Tomo VII, pág. 541.

⁶⁶ *Ibidem*, pág. 542.

En tierras de Dinamarca le sorprendió al marqués de La Romana la sublevación del 2 de mayo de Madrid. Para evitar caer prisioneros de los franceses, el marqués fingió seguir siendo fiel a la alianza con los franceses, pero en secreto pudo contactar con los ingleses, y planear la huida a España a bordo de buques británicos. Y así se hizo.

En agosto, la mayoría de las tropas del cuerpo expedicionario español al mando del marqués de La Romana (más de 9.000 hombres) pudieron embarcar apresuradamente en la isla de Langeland y regresar a España. Entre las tropas repatriadas, viajaron numerosas mujeres, aunque resulta imposible determinar el número exacto porque los datos que proporcionan las diversas fuentes consultadas fluctúan de unas a otras. El contralmirante Keats, jefe de la flota inglesa que repatrió a los expedicionarios, afirmó que viajaban más de 234 mujeres y niños. Boppe asegura que los buques ingleses trasportaron a 18 esposas de oficiales, 127 de suboficiales y tropa, 67 criadas y 60 niñas. También podemos encontrar datos sobre el número de mujeres repatriadas de Dinamarca en la Memoria de De la Quadra, aunque las cifras varían ligeramente respecto a los anteriores: 116 mujeres, 67 niñas y 49 criadas; o en la Memoria del coronel Astrandi, donde se señala que las mujeres presentes eran 127 sirvientas, 34 esposas de jefes, 32 de oficiales, 254 de suboficiales y tropas, y 135 niños⁶⁷.

Al margen de las cifras que proporcionan unos y otros, hay algo que resulta más que evidente: la orden de que estas mujeres se quedaran en Hamburgo, y no se trasladaran a Dinamarca, no fue cumplida.

El problema surgió con los más de 4.000 hombres del cuerpo expedicionario que, por distintas circunstancias desafortunadas, no pudieron escapar de Dinamarca, y fueron hechos prisioneros por los franceses. Estos soldados fueron conducidos, en carretas y en muy malas condiciones, a diferentes depósitos de prisioneros situados por toda Francia. En esa ocasión, sus mujeres, una vez más, tampoco dudaron en seguirlos. Lo veremos en el siguiente epígrafe.

La situación de estos prisioneros también repercutió en la situación de sus mujeres residentes en España (ya fuera porque decidieron quedarse en su hogar, ya fuera porque regresaron de Etruria meses antes). Si bien durante los primeros meses debieron recibir, de forma puntual y con cierta regularidad, la asignación correspondiente (al menos la documentación consultada no indica lo contrario), al estallar la guerra contra Francia, y caer sus mari-

⁶⁷ Aunque las cifras son ciertamente dispares entre ellas, sí da una idea, cuanto menos, de la existencia de esos colectivos humanos entre las unidades militares españolas. V. PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN, Gonzalo: *De los últimos de Kronstad y otros olvidados de la Guerra de la Independencia*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2009, pág. 33.

dos prisioneros, se interrumpió el contacto con su unidad y desapareció su vinculación con el Regimiento. Como consecuencia, estas mujeres dejaron de recibir la asignación mensual. Sin recursos, muchas de ellas se verían en la más absoluta miseria y obligadas a sobrevivir como buenamente pudieron, por sí mismas, solas, o gracias al apoyo y la caridad de sus familias y amigos.

Terrible situación la de estas mujeres, en un país arrasado, con escasos recursos y asolado por la guerra. La suya será en adelante una supervivencia difícil y en precario, luchando en soledad para sacar a sus familias adelante. Vidas difíciles, que bien merece un futuro estudio en profundidad.

Duros, sin duda, debieron de ser los más de seis años de soledad y penurias, que son los que muchas de estas mujeres tardaron en recuperar el contacto con sus maridos y compañeros, llevados a Francia como prisioneros e internados en los distintos depósitos, creados a tal efecto y desperdigados por toda la geografía gala. Nosotros disponemos del desgarrador testimonio de una de ellas, Francisca Bermejo, esposa del teniente D. Francisco Camilleri, del batallón de Voluntarios de Cataluña, que, como otras muchas, en 1806 partió esperanzada de España, acompañando a su marido, que había sido destinado a Italia a guarnecer el pequeño reino de Etruria.

Cuando en la primavera de 1807, después de un año de plácida estancia en tierras italianas, se ordenó la inmediata salida del cuerpo expedicionario español desde Etruria hacia Alemania, Francisca, en vista de la dureza de la campaña que se avecinaba, decidió regresar a España. Entonces, recibió de su marido, el teniente Camilleri, una asignación mensual de 160 reales de vellón, en concepto de pensión alimentaria para ella y los hijos del matrimonio⁶⁸.

⁶⁸ Así consta en la relación que los mariscales de campo Antonio Samper y José Navarro le trasladan, de parte del Príncipe de la Paz, que a su vez la había recibido del general O'Farrill desde Etruria, al ministro de la Guerra, D. José Caballero, en Madrid, a 5 de febrero de 1806, para que este proceda a ejecutar las órdenes dispuestas, en la que puede leerse:

“Excmo. Señor:

El Señor generalísimo Príncipe de la Paz nos manda pasar a manos de V.E la adjunta relación copia de la que le ha dirigido el Señor D. Gonzalo O'Farrill comandante del Cuerpo de tropas que marcha a Etruria en que se manifiesta las asignaciones que algunos oficiales y otros individuos de los regimientos de aquella División, se proponen dejar a sus familias con expresión de la Tesorería en que desea se verifique su pago a fin de que V.E se sirva expedir las órdenes oportunas a que se realice este socorro, cuyo importe se descuenta a los interesados por las Cajas de sus respectivos Cuerpos.

Dios Gué a V.E, dado en Madrid. 5 de febrero de 1806.”

Poco tiempo pudo disfrutar de esta ayuda. Por un escrito de la propia Francisca Bermejo, fechado en Barcelona el 28 de octubre de 1815, solicitando pensión al monarca, sabemos de la realidad de los hechos y también su triste historia. Aquel estremecedor escrito decía así:

“Señor:

Doña Francisca Camilleri, consorte de D. Francisco Camilleri teniente coronel o comandante del Regimiento Imperial Alejandro con el mayor respeto a V.R.M. expone: Que en el año 1806 se halló con su marido en el Reyno de Etruria, y en el de 1807, habiendo dispuesto S.M pasase su marido al Norte a incorporarse con el marqués de La Romana, tuvo la exponente que regresar con su familia a España y habitó en Barcelona, de donde salió al momento del levantamiento de la España contra los ejércitos de Napoleón para tomar parte en la justa causa y fue a domiciliarse a la Villa de Reus, en donde permaneció cinco años en cuyo tiempo hizo varios servicios a la Patria exponiendo su vida, favoreciendo a cuantos infelices le fue posible librando a algunos de la muerte con su ingenio y limosnas hasta arrodillarse a los pies del general enemigo vistiendo unas veces como mujer del campo y otras de su propio carácter de señora: lo dicho consta por los adjuntos documentos, que acompaña.

*Ocho años, señor, se hallaba ausente de su marido por haber ignorado su paradero y aunque hace un año sabe de él, no puede ir a juntarse, pues a consecuencia de los muchos sustos que recibió durante el tiempo que se ha desvelado en defensa de la Patria le han sobrevivido unos accidentes que la imposibilitan el viajar por cuyo motivo se halla muy corta de auxilios para su subsistencia y la de su familia; y como considera que V.M no olvida ni deja de premiar los méritos contraídos por vuestros vasallos, por lo mismo se acoge al amparo de S.R.M.: Suplicando rendidamente a V.M se digne concederla aquella pensión que sea de su mayor agrado. Gracia que espera del personal corazón de V.M=Barcelona, 29 de octubre de 1815”.*⁶⁹

Triste historia la de Francisca Camilleri, mujer excepcional, que como otras muchas mujeres de soldados fue parte de una raza de féminas singulares de coraje extraordinario. Durante seis años demostró su entereza para sobreponerse, ella sola, a la adversidad de una existencia precaria, llena de soledad, incertidumbres y penuria, sacando lo mejor de sí en aquellos difi-

⁶⁹ Esta petición, que se encuentra en el expediente personal de Francisco Camilleri, se halla acompañada de una importante colección de documentos acreditativos de su patriótica conducta salvando numerosas vidas de prisioneros cuyo testimonio acompaña. Legajo C-657/ 1ª Sec. Archivo General Militar de Segovia.

les tiempos de guerra, revueltas y confusión. Pero no fue la única. Miles de mujeres de la generación de Francisca, con heroísmo y de forma anónima, tuvieron que hacer frente a esa misma soledad, incertidumbre, desamparo y una total falta de recursos, y, sobreponiéndose a tanta adversidad con entrega, coraje y valentía ilimitada, solventaron las extremas dificultades de su precaria existencia, sacaron adelante a sus familias y entregaron sus vidas a deberes más altos como la llamada de la Patria.

LAS “PRISIONERAS” DE NAPOLEÓN

En tiempos de Napoleón a los prisioneros de guerra se les definía como “*aquellos soldados que han cesado de combatir y a los que se les retiene al objeto de impedirles tomar parte de nuevo en las hostilidades*”. Así pues, la cautividad de guerra, un hecho común por la frecuencia misma de las guerras, se aplicaba a todos sin distinción cuando eran despojados de las armas. La teoría era simple, pero en la realidad las cosas no resultaban tan sencillas e iban más lejos. Conforme a los usos del tiempo, se podía someter, no solo a los combatientes, sino también a todos aquellos que, aun no siendo soldados, tenían una acción directa sobre la fuerza militar del país enemigo; es decir, el soberano, los altos funcionarios, los representantes de las ciudades. Pero también civiles, aquellos civiles que seguían a los militares en campaña⁷⁰... y por tanto, en línea con ese razonamiento, también a sus mujeres, de manera que podríamos pensar que, en adelante, pasaban ellas también a ser “prisioneras”.

Entre las prisioneras españolas de Napoleón que pasaron la guerra en Francia podemos distinguir dos grandes grupos. Por una lado, las españolas que siguieron a sus maridos o compañeros hasta Dinamarca, y que fueron hechos prisioneros en aquellas tierras. Por otro, las españolas que, al saber que su marido había sido hecho prisionero en España, y había sido

⁷⁰ ROUANET, David. *Les prisonniers de guerre étrangers dans le Nord-Est de la France (1803-1814)*. Thèse Doctorale, Directeur: Jacques-Olivier Boudon, Université Paris-Sorbonne, Paris, 2009, pág. 23. Eran numerosísimos los civiles que seguían no solo al francés sino a todos los ejércitos de la época. Tenderos de todo tipo, cantineras, lavanderas, hijos y sobre todo esposas pueden encontrarse entre los prisioneros abandonados al ejército vencedor. Al seguir al ejército sabían que en caso de rendición seguirían ellos la misma suerte que las tropas y no podrán por tanto contar más que con la humanidad del vencedor. En Astorga el 1 de enero de 1809, Napoleón encontró cientos de mujeres y niños británicos refugiados en una granja sin víveres desde hacía dos días. El general inglés John Moore, al ralentizar con su presencia el avance hacia el puerto de La Coruña, decidió dejarlos a su suerte y a la generosidad del ogro. BERNARD, Léonce: *Les prisonniers de guerre du Premier Empire*. Edit Christian, Paris, 2002, pág. 150.

trasladado a Francia, decidieron viajar al país vecino para estar a su lado. Estas últimas, cruzaron ellas solas la frontera con Francia, sin autorización ni permiso de ningún tipo, con la esperanza de encontrarlos y reunirse con ellos en alguno de los numerosos depósitos de prisioneros diseminados por toda la geografía gala. Por lo general, en la frontera se les impedía el paso, salvo que se tratara de mujeres de oficiales, en cuyo caso solían ser menos estrictos⁷¹.

Las mujeres de los prisioneros no eran bienvenidas. Al contrario, su presencia resultaba especialmente embarazosa para el Gobierno Imperial, y a la larga un problema añadido, ya que no sabían muy bien qué hacer con ellas, pues, legalmente, no se las podía meter en la cárcel, por lo que deambulaban descontroladamente, de un lado a otro del país.

Según avanzaba la guerra de España, se iba incrementando el número de prisioneros que, conforme a lo decretado por Napoleón, debían ser rápidamente alejados del teatro de operaciones y trasladados a Francia para evitar cualquier tentación de huida o fuga. En consecuencia, aumentaba también el número de españolas que, de una forma u otra, conseguían desplazarse al país vecino en busca de sus esposos. Un proceso lento pero constante que, a modo de goteo imparable, se constataría, día a día, en todos los depósitos de prisioneros de Francia. Al principio fue un acontecimiento menor y se produjo de forma sutil y sin consecuencias, pero con el tiempo se convirtió en una incómoda realidad, que conllevaba desagradables inconvenientes. El descubrimiento oficial de su presencia data del año 1811⁷². Fue entonces cuando Napoleón se enteró de que ya eran unas 820 mujeres⁷³.

Ese número, que inevitablemente estaba llamado a crecer, obligó al Gobierno francés a dejar de ignorar el problema y tomar una decisión. En adelante, la administración departamental y local se encargaría de regularizar los desplazamientos de esas exiliadas voluntarias. Con tales medidas se evitaba que recorriesen el país de forma incontrolada y en todas direcciones, de un depósito de prisioneros a otro, averiguando el paradero de sus maridos y compañeros, buscándose la vida como podían y subsistiendo de la mejor forma posible⁷⁴.

⁷¹ Las demás tuvieron que buscar mil artimañas para cruzar por su cuenta los Pirineos.

⁷² AYMES, Jean-René: *Los españoles en Francia (1808-1814), la deportación bajo el Primer Imperio*. Edit. Siglo XXI, Madrid, 1987, pág. 103.

⁷³ Existe un informe fechado en 1811 que cifra en 825 las mujeres viviendo en campos de prisioneros, normalmente esposas de algunos de los allí recluidos, a las que se tildaba de “*comportamiento bueno y decente*”, con casi ausencia de meretrices. PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN, Gonzalo: op. cit., pág.66.

⁷⁴ En ese sentido, debemos puntualizar que por aquel entonces en Francia ya estaba aprobado y en plena vigencia el Código Civil elaborado por Napoleón, de ideas muy avan-

Esa fue la realidad en el caso de mujeres de soldados rasos y suboficiales. Las mujeres de los oficiales gozaron de una situación algo mejor, ya que tenían una cierta consideración social, y su situación legal y económica era diferente, por lo general algo más desahogada. Un tiempo después, ya en la primavera de 1813, dentro de esta categoría genérica de “mujeres de oficiales” se operaría una clara e importante discriminación de orden político: si el marido había jurado sumisión al rey José I, su mujer tenía derecho a reunirse con él⁷⁵. Se trataba de una forma de compensar a los súbitos del nuevo rey, y a su vez, de animar a los oficiales que aún vacilaban si acatar o no al nuevo monarca⁷⁶.

Un grupo aparte dentro del conjunto nada homogéneo de las mujeres “exiliadas” en Francia, y del que no queremos olvidarnos, pues era realmente importante en número, es el de las “mozas de fortuna”, término con el que se designaba en aquella época a las prostitutas. Se establecían en los acantonamientos militares, buscando las grandes concentraciones de hombres, y también merodeaban por los alrededores de los depósitos de prisioneros, causando estragos morales y fisiológicos de toda clase y condición. Junto a las prostitutas, aunque formando un grupo aparte, habría que añadir el compuesto por algunas esposas y viudas, cuya moralidad se había venido abajo, empujadas por la miseria, la soledad y la desesperación. Tanto unas como otras causaban problemas a la administración imperial por los escándalos que, con frecuencia, provocaban en torno a los depósitos de prisioneros, por lo que muchas fueron expulsadas de Francia, y en algunos casos incluso fueron encarceladas.

Entre “las depravadas” y “las virtuosas” se extendía, como es natural, todo un arco de comportamientos humanos. Toda una gama de mujeres, cuanto menos medianamente honestas o “imperfectamente inocentes”⁷⁷, que se dedicaban a intrigar, establecer relaciones irregulares, y aun sin pre-

zadas y que tendría mucha influencia en todos los países europeos. En ese Código se compaginaban las ideas del derecho romano con las ideas moderadas de la revolución: libertad, igualdad, abolición del feudalismo, etc. Importante es constatar que el sujeto de derecho no era el pueblo, el colectivo, sino la persona, el individuo, lo que le daba una gran modernidad. Como defectos del Código podemos ver que sometía a la mujer al hombre, y no reconocía la igualdad entre los cónyuges. Era demasiado pronto. Es por ello, por lo que la suerte de la mujer iba tan íntimamente ligada a la suerte de su marido.

⁷⁵ Privilegio que no gozaban las mujeres cuyos maridos no hubiesen jurado al rey José Bonaparte.

⁷⁶ Esos oficiales “juramentados” llamaban a sus mujeres a su lado con el fin de protegerlas. La guerra no tardaría en finalizar, y querían evitar las represalias que los patriotas podían tomar con ellas, como mujeres de oficiales juramentados, y, por tanto, afrancesados. La mejor opción era el exilio en Francia.

⁷⁷ Son palabras del propio AYMES, Jean-René: op. cit., pág. 102.

tenderlo, provocaban toda una serie de dramas sentimentales y personales entre el grupo de los prisioneros españoles.

Pero existía, además, otra categoría de féminas, que era precisamente la más numerosa, que estaba integrada por cientos de mujeres de conducta “modosa” y meritoria, cuando no irreprochable. Un heterogéneo grupo que, en su empeño por reunirse con sus maridos y compañeros, luchaban, día a día, contra la indigencia ejerciendo toda clase de oficios manuales. Y supieron hacerlo con maestría y dignidad. A pesar del viejo prejuicio antiespañol que, desgraciadamente, dominaba en los medios gubernamentales de la vecina Francia, el propio ministro de la Guerra, cautivado por las cualidades de estas mujeres de virtud intachable y valor probado, obligadas a sobrevivir en medio de un mundo hostil, no pudo dejar de reconocer su calidad humana cuando, refiriéndose a ellas, en noviembre de 1811, dejó escrito:

*“Estas mujeres, con excepción de un pequeño número, están cerca de sus maridos y tienen hijos. No han dado lugar a ningún reproche y muchas trabajan como lavanderas de los prisioneros”*⁷⁸.

Un importante grupo de españolas (precisamente las más) consiguieron buscarse la vida con honradez. Y para subsistir, trabajaron de criadas, costureras, cocineras, etc., ejerciendo los diferentes oficios con enorme dignidad. Junto a ellas, otras muchas compatriotas, todas ellas dignas de lástima y respeto, no tuvieron sin embargo tanta suerte. No encontraron un empleo, y se negaron a vender su cuerpo. Estas pobres mujeres vivían en la más absoluta de las miserias, y no tenían más remedio que mendigar.

En un momento dado, especialmente después de la desastrosa campaña de Rusia de 1812, el Gobierno napoleónico, agobiado por los graves problemas que empezaban a surgir⁷⁹, se vio obligado a soltar lastre, ahogado por las dificultades económicas sobrevenidas, y autorizó el regreso a España de todas las mujeres que lo desearan. Muchas fueron las que, en unas pocas semanas, recogieron sus pocas pertenencias, y con ellas a cuesta emprendieron el camino hacia los Pirineos, regresando a sus casas y reencontrándose con sus familias y su vida anterior.

A partir de este momento, las españolas que quedaron en la Vieja Francia apenas pasaron de unos pocos cientos. Ellas habían optado por permanecer en suelo galo. Así lo habían decidido, bien por propia voluntad (para poder continuar al lado de sus maridos), bien por imposibilidad de

⁷⁸ *Ibidem*, pág. 103.

⁷⁹ Con lógica rigurosa que, en este caso, le hacía únicamente tener en cuenta el criterio económico-financiero. *Ibidem*, pág. 103.

reunir el dinero necesario para el viaje, o bien porque no les quedaba otra opción porque, a causa de su comportamiento, habían sido calificadas como “peligrosas” y estaban sometidas a medidas especiales de internamiento o de asignación de residencia, aunque estas últimas eran la minoría.

Concluida la guerra y firmada la paz, en la primavera de 1814 se produjo el regreso masivo de los prisioneros españoles de Francia, y, con ellos, sus mujeres, las “prisioneras” de Napoleón. Algunas habían pasado fuera de España más de siete años, siete largos años en los que sus vidas habían cambiado sustancialmente. Ahora, tocaba finalmente el retorno a la normalidad.



**Soldados napoleónicos con una joven tendera.
Adrien Moreau (1843-1906)**

El 9 de septiembre de 2002, al excavar la cimentación para un edificio de apartamentos en la ciudad de Vilna, capital de Letonia, se encontró la mayor fosa común descubierta de la época napoleónica: 1.724 esqueletos reconocibles. De los 930 cuerpos a los que se pudo determinar el sexo -al examinar la pelvis, más estrecha en los hombres- 27 eran, sin lugar a dudas, mujeres: un 3% del total de los individuos que componían la Grande Armée de Napoleón.

Todas ellas, mujeres soldado, esposas, compañeras, viudas, aventureras, cantineras, lavanderas, prostitutas y barraganas, llevaron una vida compleja y errante. Una existencia difícil, llena de soledad, carencias, dudas, incertidumbres, inseguridades y constantes sobresaltos. Y fue de este modo como todas ellas tuvieron su lugar en la Historia de los ejércitos en tiempos de Napoleón. Un papel en la sombra del teatro de la Historia, eminentemente masculino, y desdeñado, por poco conocido, y por no aparecer normalmente en los relatos de historia militar. Una carencia que hemos intentado paliar con esta pequeña aportación que tal vez sirva de recuerdo y reconocimiento a su memoria.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRANTES: *Memorias de la duquesa de Abrantes, recuerdos o Napoleón histórico*, París: Librairie de L. Librairie de L. Mame, 1835, p. Mame, París, 1835, T. 2.184-185.
- ANDUJAR CASTILLO, Francisco: “Familias irlandesas en el ejército y en la Corte Borbónica”, en *Extranjeros en el ejército. Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818*. Enrique García Hernán y Oscar Recio Morales (coords). Ministerio de Defensa, Madrid, 2007.
- ALONSO, José Ramón: *Historia Política del ejército español*. Editora Nacional, Madrid, 1974.
- AYMES, Jean-Rene: *La Déportation sous le Premier Empire. Les Espagnols en France (1808-1814)*. Publications de la Sorbonne, París, 1983.
- AYMES, Jean-René: *Los españoles en Francia (1808-1814), la deportación bajo el Primer Imperio*. Edit. Siglo XXI, Madrid, 1987.
- BALDET, Marcel: *La Vie quotidienne Dans les Armées de Napoléon*. Edit Hachette, París, 1964.
- BERNARD, Léonce: *Les prisonniers de guerre du Premier Empire*. Edit Christian, París, 2002.
- BLAZE, E. capitaine: *Souvenirs de un officier de la Grande-Armée. La vie militaire sous le Premier Empire*. Fayard editeur, París, 1904.
- BLOND, George: *La Grande Armée. 1804-1815*. Robert Laffont, edit., París, 1979.
- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Del Tercio al Regimiento*. Real Sociedad Económica de Amigos del País, Valencia, 2001.
- BOURGOGNE, Sargent: *Mémoires du sargent Bourgogne*. Edit Arléa, París, 1992.
- COIG-O'DONELL DURÁN, Luis: “Militares y Unidades Irlandesas en España”, en *Revista de Historia Militar*, nº 60, SHM, Madrid, 1986.
- CIFUENTES CUENCAS, Margarita: *El Imperial Alejandro. El Ejército en los orígenes del constitucionalismo español*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2018.
- CHANDLER, David: *Dictionary of the napoleonic wars*. Wordsworth editions, Kent, 1999.
- DAMMAME, Jean Claude: *Les soldats de la Grande Armée*, Ed. Perrin, París, 2002.
- DEMOUGIN, Jacques: *La Grande Armée*. Col. Tresor du Patrimoine, París, 2004.

- FACON, Patrick; GRIMAUD, Renée, y PERNOT, François: *Au Coeur de la Grande Armée. La Glorieuse épopée de Napoléon*. Edit. Atlas, Evreux, 2004.
- FONTANA LAZARO, Josep: *La quiebra de la Monarquía Absoluta, 1814-20*. Edit. Ariel, Barcelona, 1978.
- GARCÍA DE LA RASILLA, María del Carmen: “El Montepío Militar. La asistencia social en el Ejército de la segunda mitad del siglo XVIII”, en *Revista de Historia Militar*, nº 31, S.H.M, Madrid, 1981.
- HERRÁIZ DE MIOTA, César: “Los Montepíos militares del Siglo XVIII como origen del sistema de clases pasivas del Estado”, en *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, nº 56, Madrid, 2005.
- LUCAS-DUBRETÓN, J.: *Soldats de Napoléon*. Edit, Tallandier, París, 1977.
- MARTÍN MAS, Miguel Angel: *La Grande-Armée. Introducción al Ejército napoleónico*. Andrea Press Edit., Madrid, 2005.
- MÖRNER, Magnus: *El marqués de La Romana y el mariscal Bernadotte. La epopeya singular de la División del Norte en Dinamarca (1808)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004.
- MORVAN, Jean: *Le soldat Imperial (1800-1814)*. Plon-Nourrit edit., París, 1904, vol I.
- PIGEARD, Alain: *L'Armée Napoléonienne. Organisation et vie quotidienne*. Edit Tallandier, París, 2000.
- PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN, Gonzalo: *De los últimos de Kronstad y otros olvidados de la Guerra de la Independencia*. Col. Adalid, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.
- PUELL DE LA VILLA, Fernando: *El soldado desconocido. De la leva a la “mili”*. Biblioteca nueva, Madrid, 1996.
- ROUANET, David. *Les prisonniers de guerre étrangers dans le Nord-Est de la France (1803-1814)*. Thèse Doctorale, Directeur: Jacques-Olivier Boudon, Université Paris-Sorbonne, París, 2009.
- RUMEU DE ARMAS, Antonio: *Historia de la previsión social en España. Cofradías-Gremios-Hermandades-Montepíos*. Editorial Revista de Derecho Privado, Madrid, 1944.
- SANZ, Raymundo: *Diccionario militar de todos los términos propios al Arte de la Guerra*. Barcelona, Juan Piferrer, 1749.
- SOKOLOV, Oleg: *L'Armée de Napoléon*. Editions Commios. Marcel Tache edit. Villier-Le-Bel. 2003
- SUMMERVILLE, Christopher: *La retirada a la Coruña de Sir John Moore, 1808-1809*. Inédita editores, Madrid, 2003.

THIERS, Adolphe: *Histoire du Consulat et de l'Empire*. Ed. Paulin, París, 1855, Tomo VII.

TULARD, Jean: *Napoléon chef de Guerre*. Tallandier edit., París. 2012.

FUENTES DOCUMENTALES

Archivo General Militar de Segovia:

- 1.^a sección. Expedientes personales de:
 - José O'Donnell. Leg: O-103.
 - Francisco Camilleri y Gomis. Leg: C-657.
- 2.^a sección:
 - División 7. Legajo 12. Expedición a Francia. Estados de Fuerza.
 - División 3. Legajo: 1551.

Recibido: 15/01/2019

Aceptado: 25/11/2020